

CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DEL MUNDO A LOS SAGRADOS CORAZONES
DE JESÚS Y DE MARÍA

GRAVEDAD EXTRAORDINARIA DE NUESTRO TIEMPO.

LA ORACIÓN ES EL ÚNICO MEDIO DE SALVACIÓN.

LA DEVOCIÓN A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE
MARÍA, REMEDIO PRINCIPAL DE LAS ANGUSTIAS ACTUALES.

ES PRECISO PROPONER A LOS FIELES EL REINADO DEL AMOR DE
CRISTO, CUYO ADVENIMIENTO PUEDE SER ACELERADO CON
NUESTRAS ORACIONES Y REPARACIONES, LO MISMO QUE
CON NUESTRA ACCIÓN Y APOSTOLADO.

(De la Dirección General del Apostolado de la Oración)

¡AÑO SANTO, AÑO DE DIOS! DE DIOS, CUYA MAJESTAD Y GRANDEZA CON-
DENA EL PECADO; DE DIOS, CUYA BONDAD Y MISERICORDIA OFRECEN EL
PERDÓN Y LA GRACIA AL QUE ESTÁ DISPUESTO A RECIBIRLO; DE DIOS, QUE
EN ESTE AÑO SANTO QUIERE ACERCARSE TODAVÍA MÁS AL HOMBRE Y ESTAR
MÁS CERCA DE ÉL QUE NUNCA.

(Radiomensaje de Navidad. - 23-12-49)

En repetidas ocasiones y particularmente en la Bula de indicción del Año Santo, en su Carta «sobre la expiación del crimen de los que odian a Dios» de 11 de febrero de 1949 y en su último mensaje de Navidad de 23 de diciembre de 1949, el Vicario de Jesucristo en la tierra ha exhortado a los cristianos a la reparación y a la plegaria. Haciéndose eco de este paternal llamamiento la Dirección general del Apostolado de la Oración ha proclamado una **CRUZADA INTERNACIONAL DE ORACIÓN Y PENITENCIA**. **CRISTIANDAD** ofrece su modesto esfuerzo para contribuir durante el Año Jubilar a la difusión de este llamamiento.

**AL REINO DE CRISTO
POR LA DEVOCION
A SU SAGRADO CORAZON**

DOCUMENTOS PONTIFICIOS



**PUBLICACIONES
CRISTIANDAD
1949**

Texto íntegro de las Encíclicas de
**LEÓN XIII: ANNUM SACRUM
TAMETSI FUTURA**
**Pío XI: UBI ARCANO
QUAS PRIMAS
MISERENTISSIMUS REDEMPTOR**
Pío XII: SUMMI PONTIFICATUS

**Prólogo, introducciones y notas, originales
del P. H. Marín, S. I.**

«A todos podrá ayudar la lectura de este libro para conocer las pontificias enseñanzas en problemas tan trascendentales como en él se ventilan.»

PRECIO: 30 Ptas.

IMPORTANTE: Pídalo directamente a la Administración de CRISTIANDAD y le será servido a domicilio sin aumento de gastos.

TARRAGONA

**TRANSMISIONES
COJINETES**

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100'— Ptas.
Semestral 50'— »
Trimestral 25'— »

Número ordinario 5'— ptas.
Encuadernar 25'— »
Tomo encuadernado 125'— »

ENGUADERNACIONES

R. Girbes Sanchis

Feliu Casanovas, 7

Teléfono n.º 37349

BARCELONA (Sans)

CRISTIANDAD

NÚMERO 139 - AÑO VII

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

1 Enero 1950

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 225675

MADRID

Omnes sitientes, venite ad aquas!

El agua lava y sacia la sed, lava la sordidez y alivia las entrañas ardientes y enjutas. Cuando bajo el sol abrasador recorremos un largo camino. ¡Con qué avidez nos precipitamos a humedecer nuestra boca y apagar el fuego de nuestros labios!

El mundo moderno está sucio. El mundo moderno está cubierto con triple inmundicia: del pecado de egoísmo, del pecado de materialismo y de sensualidad y necesita perentoriamente acudir a las aguas que le limpien.

Como estos pecados no son capaces de saciar su sed, antes la avivan más y más, el mundo actual se siente pobre en su aparente (o ya no tan aparente) riqueza, está vacío de todo, aunque alguna vez presuma gozar de plenitud. En el mundo de hoy no parece fácil que se despierten, ni para el bien ni para el mal, grandiosas concepciones, ni que muevan a los hombres atrevidos y altos ideales. Se siente caduco, envejecido y por ello se confiesa en el fondo de su corazón misero, vacío y pobre. ¡Necesita acudir a la fuente de Aguas Vivas! ¡Necesita de la palabra de Dios!

* * *

Hace veintiocho siglos..., la boca de Dios, el profeta Isaías, habló a los hombres anunciándoles la Redención: «¡Ah, sedientos todos acudid a las aguas—también los que no teneis dinero!—¡Id, comprad, comed, andad, comprad sin dinero y sin pago vino y leche!—¿Por qué pesais dinero por cosa que no es pan—y el fruto de vuestro trabajo por cosa que no da hartura?»

«¡Inclinad vuestro oído y venid a mí: escuchad y se reanimará vuestra alma!» Se dirigía a los sedientos como lo es el mundo actual. ¿Por qué ha de trocar los verdaderos bienes por los caducos? ¿Por qué ha de vivir pendiente de cosa que no da hartura? ¡Dé importancia a lo que la tiene, y busque ante todo el Reino de Dios y su justicia!

Porque, he aquí que se le anuncia: «Y concertaré con vosotros una alianza eterna—y las veraces y misericordiosas promesas hechas a David» «He aquí que le he constituido como testigo de los pueblos, caudillo y soberano de las naciones»... «Y gentes que no te conocían correrán hacia ti».

Como ocho siglos antes había hablado la boca de Dios, el Profeta, habló hace veinte siglos la persona Divina de Jesús a todas las gentes representadas en la Samaritana: «Si conocieses el don de Dios y quién te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido y El te habría dado agua viva»,

Si conocieses quién te dice: «Dame de beber», es decir, si conocieses la persona de Jesucristo, que pide que le «demos de beber», que le rindamos nuestro amor con la reverencia que le debemos, El nos daría agua viva, «agua que quien la bebiere, no tendrá sed eternamente, sino que—nos dice—el agua que yo le daré se hará fuente de agua que salte para la vida eterna». A cambio de nuestra fe, de nuestra entrega, promete saciar nuestra sed: «el que cree en mí no padecerá sed jamás».

El hombre, todo hombre, se siente, ahora más que nunca, enfermo y necesita sanar de su enfermedad. Siente ansias infinitas de perfección y de dicha, el vacío, y ansias ardientes de llenarlo con amor que no puede satisfacer sino Dios. Por esto, hace dos siglos, ha vuelto Jesús a manifestarse a los hombres para hacerles una nueva invitación al amor, a la comunión de amor, entre El, Dios y hombre, y los hombres sus hermanos. Para ablandar sus entrañas, y para iluminar sus inteligencias faltas de humildad, ha necesitado mostrarles su Divino Corazón como anuncio de una nueva infusión del Espíritu Santo.

«Lava lo que es sórdido, — riega lo que es árido, — sana lo marchito».

En el afán de renovación que exige de todos la gravedad extraordinaria de la hora presente, CRISTIANDAD quiere escuchar esta voz que clama imperiosa dentro del corazón de los hombres y, en la solemnisima ocasión del Año Santo, hace un alto en su camino y se dispone a entrar en las vías de una íntima renovación.

T. L.



Ante la Puerta Santa

Aquellos monaguillos...

Un par de cachetes, imparcialmente repartidos, terminaron con la escena. Dos de los acólitos que se dirigían a actuar en la ceremonia de apertura del Año Santo de 1775 —que por fallecimiento del Papa Clemente XIV se retrasó hasta febrero, en que la llevó a cabo el nuevo Papa Pío VI— habían disputado, seguramente por un quitame allá estas pajas, y el uno había amenazado al otro con su cirial... cosas de chiquillos, de estos chiquillos de los que, sin embargo, nuestra Madre Iglesia no quiere prescindir nunca, ni aun en las ceremonias más augustas y más solemnes, recordando siempre aquellas palabras de su Fundador: «Dejad que los niños vengan a Mí.» El Maestro de Ceremonias —no sabemos si usando de mansedumbre evangélica— había resuelto el lance, quizá con menos miramientos, pero con razones contundentes que habían convencido a ambos monaguillos a volver a sus respectivos puestos con las mejillas un tanto más coloreadas, pero con un mejor concepto de la compostura y del orden...

Pasaron cincuenta años, diez lustros cargados de acontecimientos. La Revolución y las invasiones napoleónicas, que impidieron la celebración del Año Santo de 1800, se habían retirado, como siempre deben hacerlo las olas del mar embravecido de la Historia, sin haber podido hundir la Barca del Pescador. La víspera de Navidad de 1824 comenzaba el Año Santo de 1825, en el que Europa toda se volcó sobre Roma, deseosa de hacer olvidar a la Madre común tantas vicisitudes... Un gran Pontífice, santo y humano, abría la Puerta del Perdón a una generación que debía estar arrepenida —por haber gustado su amargo fruto— de sus devaneos... ¡Cuántos recuerdos debían agolparse en la memoria del Augusto Pontífice! Y, humano como era, León XII debía forzosamente mancomunarlos con su larga vida de testigo de aquellos tremendos hechos... «¿Os acordáis, venerable Hermano?», dicen que susurró en voz baja al ilustre Cardenal Castiglione, que le asistía como Penitenciario Mayor, al entregarle el martillo de oro con que había derribado el santo muro que obstruía la entrada. Porque aquellos dos traviesos monaguillos eran los ahora Sucesores de los Apóstoles que, menos belicosos que antaño, abrían sus brazos a la multitud cristiana que, ávida de indulgencia, se agolpaba tras de ellos para lucrarse de la misericordia divina...

Y siempre, ante la Puerta...

Había seguido entonces —como ahora— agolpándose el pueblo fiel, sediento de perdón. Como aquella Turba, que Le seguía... Allí mismo estaba un joven seminarista, harto más compuesto que aquellos dos simpáticos monaguillos, que, setenta y cinco años más tarde, tras su propio Jubileo —su nonagésimo aniversario— había de celebrar el otro mayor... «... Nosotros mismos pudimos ver con nuestros ojos cuán eficazmente saludable fué el último que con solemnidad se celebró, cuando éramos aun adolescentes, bajo el Pontificado de León XII, en cuyo tiempo las manifestaciones religiosas hallaron en Roma campo verdaderamente grandioso y seguro». León XIII debía promulgar, nada menos que quince lustros después, el primer Año Santo que solemnemente se celebrara, ya que entretanto nuevos espasmos de la misma gran Revolución se habían de abatir sobre Roma, en el largo y do-

loroso reinado de Pío IX, hasta desposeerlo y recluirlo, prisionero, en el Vaticano. Y, en verdad, que, dadas las circunstancias de los tiempos, León XIII estuvo a punto de retroceder. El mismo lo proclamó el 20 de agosto del mismo año jubilar con motivo de la solemne recepción que se celebró en su palacio con motivo de su onomástica: «... Dadas las circunstancias de los tiempos —son sus palabras— pensamos abstenernos de promulgar el Año Santo; mas luego, confiados en el auxilio divino, Nos decidimos a no dilatar más a Nuestros hijos ese beneficio espiritual. Para implorar el favor divino hemos consagrado toda la humanidad al Corazón de Jesús y ordenado al Clero ejercicios espirituales para mejor disponerlo a santificar las almas de los fieles».

... Acude aquí inmediatamente al espíritu la trascendencia de la sobrenatural misión que hubo, cerca del Papa, aquella alma de elección, Sor María del Divino Corazón Droste zu Vischering, sobre la cual CRISTIANDAD se ha honrado en escribir fervientes páginas, y a quien se debió el traslado del Mensaje del Corazón de Jesús al inmortal Pontífice...

También por aquellos días ascendía por vez primera a los altares, «Introibo ad altare Dei!», el sacerdote Eugenio Pacelli, quien tantas veces —también CRISTIANDAD lo ha repetido— se ha referido, hasta en su grande Encíclica, a aquella «íntima aprobación» con que acogió la Consagración Pontificia, tan mancomunada al Año Jubilar... Cincuenta años más tarde, en esta gloriosa cadena, ininterrumpida e invencible, que contra todos los poderes de la carne estableció Pedro apoyado en la Palabra, en el Verbo encarnado, aquel Sacerdote, hoy Su Santidad Pío XII, se registra, de nuevo, el episodio santo: el Principio de los Apóstoles otra vez arrodillado ante la Puerta derrumbada, usando del Poder de atar y de desatar, que es más fuerte que la misma Justicia divina, porque con el arma de la divina Misericordia, la templa y la detiene.

Ni los elefantes del Gran Jubileo Victoriano...

¿Qué se dirá, dentro de un siglo, del Jubileo de ho-gaño? «Otro Jubileo como éste, y la Filosofía queda desahuciada.» Tal era el amargo lamento de D'Alambert —para él la palabra Filosofía significaba aquí la Enciclopedia y la incredulidad— ante la explosión de religiosidad que tuvo lugar en Roma en 1775. ¿Qué trascendencia, no sólo espiritual, sino probablemente histórica y social no advertirán las generaciones próximas ante el acontecimiento que ahora se inicia? A los contemporáneos no es dado nunca apereibirse —los árboles impiden ver el bosque— de la real magnitud de las cosas en que se hallan. Pero de la enorme trascendencia —por ejemplo— del 1900 de León XIII, todos hemos vivido y nos hemos sobrenaturalmente alimentado. De los de Pío XI, el intrépido adalid de Cristo Rey, está palpitante aún su inyección de vida sobrenatural que dió nueva juventud a la Ciudad Santa: «Tu palabra y tu ejemplo nos sirven de estímulo y de aliento para caminar sobre las huellas que dejaron tu energía y tu intrépida actividad», han sido las palabras que le ha dedicado, al inaugurar su monumento, el actual Pontífice, su antiguo Secretario de Estado, empuñando, por así decir ya, el martillo con que ha de abrir aquella Puerta Santa que su Predecesor abrió dos veces...

¿Qué queda hoy, por ejemplo, de aquel otro Jubileo,

en el que desfilaron razas de todo el mundo y, junto con artefactos de guerra, elefantes y jirafas, homenaje del Imperio más extenso —en este orden, superior al Romano— que vieron los siglos, el Victoriano, casi contemporáneo del de León XIII? En cambio, la apertura de la Puerta Santa por el inmortal Pontífice, renovando místicamente una nueva abertura, manifestación esta vez del siempre misericordioso Corazón de Cristo, revivirá eternamente, y revivirá, si cabe, mejor que nunca, ahora en que Pío XII anuncia la Renovación de la Consagración del inmortal y sabio Antecesor suyo: al abrir la sacra portalada, otra vez se abrirá el Corazón divino, más amplio que el jambe de Maderna, más que las columnas del Bernini.

**«Abre, y ninguno cierra;
cierra, y ninguno abre» (Apoc. III, 7)**

Gran acierto tuvieron los misericordiosos Pontífices al establecer la ceremonia ritual de la Puerta Santa, como símbolo el más relevante de lo que representa el Año Santo. En esta Fiesta Mayor del Perdón, la Puerta Santa es el inicio, es el repique de campanas. Otros actos litúrgicos más augustos —los Santos Sacrificios de Pontifical— lo superan, por su infinito valor; pero, al igual que en las fiestas pueblerinas el alegre repique general de las campanas significa el conjunto del Acontecimiento que se inicia, la dignación de los Vicarios de Cristo al ir personalmente a derribar el sacro muro para dar entrada libre y ancha así a sus hijos, encierra el más vivido de los simbolismos en esta grande Epopeya del Perdón. Por esto reviste tan singular importancia; y es notable el remarcar que esta ceremonia, de menor relieve en los primeros Años Santos —desde su primera celebración en el que durante siglos fué inolvidable Jubileo de Bonifacio VIII en 1300—, incluso en el de Martín V (que fué, asimismo, el quinto de los Jubileos), fué definitivamente establecida en todo su esplendor y en toda su significación por el Papa español Alejandro VI en el año 1500, época aquella entonces tan crucial como lo es ahora, sin duda, la presente. Fué este Pontífice el que más ostensiblemente quiso que los martillazos del instrumento de oro resonasen en los ámbitos de aquella Europa, como dice muy bien un historiador suyo, cual emblema del poder a él (al Papa) conferido, en virtud del cual «abre y ninguno cierra; cierra, y ninguno abre» (Apoc., III, 7).

Popularísimo en Roma, el ritual de la apertura de la Puerta Santa es, sin duda alguna, menos conocido de lo que merece en el resto del mundo, hablando siempre, como antes decimos, repitámoslo, «popularmente». Cada una de las Basílicas mayores, las jubilaires, las que debe visitar la multitud de los fieles para lucrarse de la gran indulgencia, posee su Puerta Santa, tapiada habitualmente, excepto durante el tiempo jubilar. Ante la del Vaticano preséntase el Pontífice en persona la vigilia de Navidad, y ante la de las demás Basílicas, sus Legados a latere nombrados para officiar en tal ceremonia. Preséntase el Papa.

acompañado de su Corte vaticana, espiritual y aún temporal, en peso, y con acompañamiento de cuanto personaje de relieve hállase a la sazón en Roma: reyes, príncipes, embajadores, plenipotenciarios, que tienen sus lugares señalados, a menudo incluso de otras religiones, y que vienen, así, a tributar loable homenaje a la Verdad eterna y a su Vicario en la tierra. Preséntase humilde, no al estilo de estas arrogancias que hemos visto a menudo en líderes humanales, en Jefes y conductores de muchedumbres, sino —descalzo incluso a veces— con un cirio encendido en la mano y provisto del arma que debe vencer a la misma Divina Justicia irritada por nuestras prevaricaciones, el martillo de oro, delicado obsequio de sus fieles. En reverencia de la Trinidad Santísima golpea por tres veces el obturado muro que luego es derruido; siguen simbólicos rituales, entre ellos los de lavar jambas y umbrales secándolos con paños finísimos. En fin, penetra el Papa por la obertura y no como conquistador, sino como ejemplar de sus hijos que vienen a suplicar perdón: arrodillándose y descubriéndose, que ésta es una posición no común entre otros Jefes que no sean los Jefes de la Iglesia. Humillado el que es Sucesor de Pedro y Vicario nada menos que de Dios, penetra en la Basílica con la cruz patriarcal en la diestra y un cirio en la siniestra.

En tanto han resonado los golpes del martillo, contesta el coro al Pontífice: «Aperite mihi Portas justitiæ - Introibo in Domum tuam, Domine - Aperite portas quoniam vobiscum Deum!!!!». Y en tanto, en todos los ámbitos del orbe, miriadas y miriadas de voces se unen espiritual o físicamente —ya que los progresos de la radio, y aun de la televisión, permiten modernamente esta especie de presencia física del universo entero alrededor del Vicario del que es mayor que los Cielos y la Tierra reunidos— en aureola precursora de aquella otra que, en forma de mística rosa, vió una vez el Dante —gran cantor de los Años Santos— en la futura Jerusalén celestial.

«Este tiempo, a pesar de ser tan áspero, lleno de peligros y agravado de amarguras, nosotros lo amamos; lo abrazamos como la Cruz que Dios nos destina desde la eternidad y ante cuya áspera dureza debe quedar experimentada la sinceridad de nuestro amor, la firmeza de nuestra fidelidad, lo absoluto de nuestra fe, la medida de nuestra íntima participación en los dolores, en las necesidades...» Estas palabras, recientísimas —pronunciadas en el mismo acto antes citado—, de Pío XII son la más sublime expresión que la radio y la televisión, infinitamente más penetrantes y efectivas de lo sobrenatural sobre las físicas, deben transmitirnos y deben informarnos. Quizá algún día, dentro de décadas, o mejor de siglos, se diga esto de nuestro tiempo y de nuestro Año Santo. Seamos de las almas de elección que sepamos aprovechar esta áspera crudeza para demostrar la sinceridad de nuestro amor en el que es vigésimosexto de los años jubilaires, pero que también lo es el cuarto en la cronología de las finezas del Corazón de Cristo. Ante la Renovación de la Consagración papal, unamos nosotros, humilde, el homenaje de las llagas que nos cause aquella áspera dureza del actual y proceloso tiempo.

Luis Creus Vidal

Año del gran retorno y del gran perdón

Jesús nos ha revelado el verdadero rostro de Dios, describiéndolo en el Padre que acoge, que abraza, perdona al hijo pródigo en su afligido y confiado retorno a la casa, de la que se había neciamente alejado.

Si el Jubileo para los hombres es tiempo de extraordinario retorno, para Dios será ocasión de más amplio y amoroso perdón.

Del Mensaje de Navidad de S. S. el Papa Pío XII.
23 Diciembre de 1949.

Hacia una solución radical de los males presentes

«...El éxito depende de que tengamos firmísimo convencimiento:
1.º: **de la gravedad extraordinaria del momento presente...**»

(Dir. Gen. del Ap. Orsc. Coment. a la Proclama de una Cruzada)

En aquel tiempo...

«Viendo Yahvé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y cómo todos sus pensamientos y deseos tendían siempre al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra, doliéndose grandemente en su corazón. Y dijo: "Voy a exterminar al hombre que hice sobre el haz de la tierra." Pero Noé halló gracias a los ojos de Yahvé.

»Viendo, pues, Dios que toda la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino, dijo a Noé: "Veo venir el fin de todos, pues la tierra está llena de sus iniquidades, y voy a exterminarlos de la tierra. Hazte un arca de maderas resinosas... y entra en el arca tú y toda tu casa, pues tú solo has sido hallado justo en esta generación. Porque dentro de siete días voy a hacer llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y exterminaré de sobre ella cuanto hice y vive."

»Hizo Noé cuanto Dios le mandara. Y ante el diluvio entró en el arca Noé con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos y todos los animales parejas según le había ordenado Dios.

»Pasados siete días, las aguas del diluvio cubrieron la tierra; se rompieron todas las fuentes del abismo, se abrieron las cataratas del cielo, y estuvo lloviendo sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches. Crecieron las aguas y levantaron el arca, que se alzó sobre la tierra. Siguieron creciendo, creciendo las aguas sobre la tierra, y el arca flotaba sobre la superficie de las aguas. Tanto crecieron las aguas, que cubrieron los altos montes de debajo del cielo. Quince codos subieron por encima de ellos. Pericieron cuantos animales se mueven en la tierra; fueron destruidos todos los vivientes sobre la superficie de la tierra, desde el hombre a la bestia, y los reptiles y las aves del cielo, quedando sólo Noé y los que con él estaban en el arca (...).

»Acordóse Dios de Noé y de cuantos con él estaban en el arca y mandó sobre la tierra un viento y menguaron las aguas. Cesó de llover, y las aguas iban menguando, menguando... El día veintisiete del segundo mes estaba ya seca la tierra. Habló, pues, Dios a Noé y le dijo:

»"Sal del arca tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo. Saca también todos los animales de toda especie... llenad la tierra, creced y multiplicaos sobre ella."

»Alzó Noé un altar a Yahvé y ofreció sobre el altar un holocausto. Y aspiró Yahvé el suave olor, y bendijo a Noé y sus hijos, diciendo:

»"Creced y multiplicaos sobre la tierra; que os teman y de vosotros se espanten todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo, todo cuanto sobre la tierra se mueve y todos los peces del mar: todos los pongo en vuestra mano... Vosotros, pues, creced y multiplicaos y henchid la tierra y dominadla."

»Dijo también Yahvé a Noé y a sus hijos con él:

»"Ved; yo voy a establecer mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros." Y añadió Dios: "Ved aquí la señal del pacto que establezco entre mí y vosotros y cuantos vivientes están con vosotros, por generaciones sempiternas: *pondré mi arco sobre las nubes*

para señal de mi pacto con la tierra, y cuando cubriere yo de nubes la tierra aparecerá el arco y me acordaré de mi pacto con vosotros y con todos los vivientes de la tierra, y no volverán más las aguas a destruirla. Estará el arco en las nubes y yo lo veré, para acordarme de mi pacto eterno; ésta es —dijo Yahvé— la señal del pacto que establezco entre Mí y toda carne que está sobre la tierra."»

(*Génesis*, 6-9, fragmentos. Ed. castellana de Nacar Colunga.)

«Y vi una bestia salir de la mar...»

Hemos leído fragmentos del pasaje del *Génesis* que narra los tiempos del Diluvio; de este tremendo castigo caído sobre los hombres aborrecidos de Dios porque «*toda carne había corrompido su camino*». Saltamos ahora a otro momento de la historia, igualmente grandioso y terrible, descrito en los Libros Sagrados. No se refiere al pasado, sino al futuro; no pertenece al *Génesis*, sino al *Apocalipsis*.

Bajo el signo de una bestia que emerge del mar de las naciones, la figura del Anticristo se nos presenta dotada del poder que el dragón infernal le concede y llevando a los hombres tras de sí. Su reino es la mayor tiranía que nunca se haya visto: tan sólo sus esclavos, los que llevan su sello en la mano o en la frente, podrán negociar y vivir en él. Y le fué dado luchar contra los fieles de Cristo y vencerles.

Con este imperio culminan una serie de males (¿estamos viviendo ya su comienzo?, se preguntaba Pío X) mandados por Dios a los hombres por sus muchos pecados; ellos, lejos de arrepentirse, se obstinan y blasfeman de Dios.

Mas he aquí que Jesucristo aparece llevando escrito en su manto y en su muslo un nombre: «*Rey de Reyes y Señor de Señores*». El Cielo se anticipa ya a celebrar su victoria y el establecimiento de su Reino...

Dice este texto:

«Y vi cómo salía del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas; y sobre los cuernos, diez diademas; y sobre las cabezas, nombres de blasfemia. Y dióle el dragón su poder, su trono y una autoridad muy grande. Y toda la tierra seguía admirada a la bestia. Y adoraron al dragón porque había dado poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: ¿quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear contra ella?

»Y dióle asimismo una boca que profiere palabras llenas de arrogancia y de blasfemia; y abrió su boca, profiriendo blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su tabernáculo y de los que moran en el Cielo. Y fuéle otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y fuéle concedida autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyo nombre no está escrito, desde el principio del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado. E hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente, y que nadie pudiese comprar ni vender sino el que tuviera la marca de la bestia. (*Apocalipsis*, 13, fragmento. Ed. cit.)

»Y vi en el cielo otra señal grande y maravillosa: sie-

te ángeles que tenían siete plagas, las postreras, porque con ellas se consuma la ira de Dios... Y del Templo oí una gran voz, que decía a los siete ángeles: Id, y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra. Y fué el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y que se postraban ante su imagen. Y el segundo derramó su copa sobre el mar, y se convirtió en sangre como de muerto y murió todo ser viviente en el mar. Y el tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre... Y el cuarto derramó su copa sobre el sol, y fuéle dado abrasar a los hombres con el fuego. Y eran abrasados los hombres con grandes ardores, y blasfemaban el nombre de Dios que tiene poder sobre estas plagas; y *no se arrepintieron para darle gloria.*

»Y el quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas, y de dolor se mordían las lenguas, y blasfemaban al Dios del Cielo a causa de sus trabajos y de sus úlceras, pero *de sus obras no se arrepintían.* Y el sexto derramó su copa sobre el gran río Eufrates, de suerte que quedó expedito el camino a los reyes del sol naciente. Y el séptimo derramó su copa en el aire, y hubo relámpagos, y voces, y truenos, y un gran terremoto cual no lo hubo desde que existen los hombres sobre el haz de la tierra. Y una granizada grande cayó del cielo sobre los hombres, y blasfemaron los hombres contra Dios por la plaga de granizo, porque era grande en extremo la plaga. (*Apoc.*, 15 y 16, fragmentos. Ed. *ut supra.*)

»Después de esto, oí una fuerte voz como de una muchedumbre numerosa en el Cielo que decía: ... Aleluya, porque ha establecido su Reino el Señor, Dios Todopoderoso; alegrémonos y regocijémonos y démosle gracias, porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa está dispuesta.

»Y vi el Cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que en él montaba es llamado Fiel y Verídico y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas y tiene un nombre escrito que nadie conoce sino El mismo, y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre «Verbo de Dios». Y le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco y puro. Y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y El las regirá con vara de hierro, y El pisa el lagar del vino del furor de la cólera de Dios Todopoderoso. Y tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: «*Rey de reyes y Señor de señores*».

»Y vi un ángel puesto de pie en el sol, que gritó con una gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por lo alto de cielo: «Venid, congregaos al gran festín de Dios, para comer las carnes de los reyes, las carnes de los tribunos, las carnes de los valientes, las carne de los caballos y de los que cabalgan en ellos, las carnes de todos los libres y de los esclavos, de los pequeños y de los grandes.»

»Y vi a la bestia, y a los reyes de la tierra, y a sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra al que montaba el caballo y su ejército. Y fué aprisionada la bestia. Y los demás fueron muertos por la espada que le salía de la boca, y todas las aves se hartaron de sus carnes.» (*Apoc.*, 19, fragmentos.)

«Desde el Diluvio hacia acá, difícilmente nos encontraremos con una calamidad tan profunda y tan universal como la que padecemos ahora...»

(Pío XI, encl. «Charitate Christi». Ed. castellana, A. C. E.)

«Si recorremos con la mente la larga y dolorosa serie de males que, como triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación sobre

la tierra, desde el diluvio hacia acá difícilmente nos encontraremos con una calamidad espiritual y material tan profunda y tan universal como la que padecemos ahora; hasta los más grandes azotes, que dejaron señales indelebiles en la vida y en la memoria de los pueblos, caían ora sobre una, ora sobre otra nación. Mas ahora, *la humanidad entera* se encuentra agarrotada por la crisis económica y financiera tan tenazmente, que cuanto más se revuelve más insolubles son los lazos; porque no hay pueblo, no hay Estado, no hay familia que en un modo u otro, directa o indirectamente, no sienta más o menos su repercusión.

»Pero *todavía es más lastimosa la raíz de donde brota tal estado de cosas*; ¿no es acaso el sórdido egoísmo, que con demasiada frecuencia preside las mutuas relaciones individuales y sociales; no es, en suma, la codicia, de cualquier especie y forma que sea, la que ha arrastrado al mundo al extremo que todos vemos y todos deploramos? Porque, en realidad, de la codicia proviene la desconfianza mutua, que esteriliza todo trato humano; de ella, la odiosa envidia, que hace considerar como daño propio toda ventaja ajena; de ella, el sórdido individualismo, que todo lo ordena y subordina al propio interés sin atender a los demás; más aún, conculcando cruelmente todo derecho ajeno. De aquí el desorden e injusto desequilibrio, por el cual se ven las riquezas de las naciones acumuladas en manos de contadísimos particulares que regulan a su capricho el mercado mundial... Que si ese egoísmo se insinúa en las relaciones entre pueblo y pueblo, no hay exceso que no parezca justificado, y lo que entre individuos se tendría por todos como reprochable, se considera ya como lícito y digno de encomio...

»Aprovechándose de tamaña calamidad económica y de tanto desorden moral, los comunistas, y en general todos los enemigos del orden social, se afanan y trabajan audazmente por romper todo freno, por destruir todo vínculo de ley divina o humana y empeñan abierta o secretamente la lucha más fiera contra la religión, y contra el mismo Dios; realizando el diabólico programa de arrancar del corazón de todos, hasta de los niños, todo sentimiento religioso; ya que saben muy bien que quitada del corazón de la humanidad la fe en Dios, podrán conseguir sus más perversos fines. Y así vemos hoy *lo que jamás se vió en la historia*: desplegadas al viento sin reparo alguno las satánicas banderas de la guerra contra Dios y contra la religión, en todos los pueblos y en todas las partes de la tierra: *el ateísmo* ha invadido ya la gran masa del pueblo...»

«Finalmente, para no citar nada más...»

(Pío X, encl. «E Supremi Apostolatus»)

«De nadie pasa inadvertido que la sociedad humana está atacada en nuestros días *más que en otra época alguna*, de una enfermedad gravísima y profunda. Esta enfermedad, que *se agrava de día en día*, ataca a la sociedad en lo más íntimo y la arrastra a la ruina.

»Ya entendéis cuál es esta enfermedad: el abandono de Dios y la apostasía. Pues nada hay que sea causa más próxima de ruina que esto, según dijo el Profeta: «Porque he aquí que los que se separan de Ti perecerán.»

»El que reflexiona sobre estas cosas, razón tiene para temer que la actual perversión de los espíritus sea ya una especie de exordio a los males que están anunciados para los últimos tiempos, y de que el «Hijo de Perdición» no se encuentre ya entre nosotros. Tan grande nos aparece la audacia y el furor con que se ataca por todas partes a la piedad religiosa, se contradice a los documentos de la verdad revelada, o se intenta suprimir y borrar todo rastro de relación del hombre con Dios.

»En cambio (y ésta es una de las notas que el mismo Apóstol atribuye al Anticristo), el mismo hombre, con temeridad inaudita, invade el lugar de Dios, «elevándose sobre todo el que lleva el nombre de Dios». Hasta el ex-

PLURA UT UNUM

fremo que, incapaz de extinguir del todo en sí mismo el conocimiento de Dios, rechaza, sin embargo, su majestad y se consagra a sí propio este mundo a modo de un templo en el que debe ser adorado por los demás: *sentado en el templo de Dios y presentándose como si él mismo fuese Dios.*»

¿Fueron todos los tiempos iguales?

Tan sólo con ver qué términos de comparación utilizan los Sumos Pontífices para ponderar la situación actual del mundo pierde toda su fuerza el consabido tópico: «todos los tiempos han sido iguales».

Si queremos los católicos reconquistar el terreno perdido, debemos necesariamente derribar este tópico.

No constituye él un error cualquiera, una simple falta de profundidad en la visión de la historia actual; es un error pernicioso, porque nos impide la justipreciación del momento en que vivimos y, por consiguiente, de la táctica y de los medios de que debemos valernos para hacerle frente y superarle.

Cuando, en los albores del Año Santo, el Apostolado de la Oración examina sus posibilidades para mejor servir las orientaciones pontificias e invita a todos sus afiliados a una «Cruzada», establece como *primera premisa indispensable para el éxito* que debemos persuadirnos de que *la gravedad del momento actual es extraordinaria* y de que los remedios que es preciso aprontar deben estar, por consiguiente, a la altura de estas circunstancias.

Cierto optimismo conformista, cierta minimización de nuestras aspiraciones, que nos hace aceptar como ideal prácticamente suficiente una situación de tolerancia para la Iglesia, está aflojando, en efecto, los resortes de nuestra conciencia cristiana y nos sumerge a todos, buenos y malos, en un adormecimiento fatal: *dormitaverunt omnes et dormierunt.*

Hacia una solución radical de los males presentes

La Iglesia no vive de utopías. Una sería el pensar que un buen día el mundo se despertará cristiano y que «el ateísmo no sólo comunista, sino liberal»; si se prefiere, que estos «dirigentes que poseen enorme influencia y tienen la mala voluntad de reducir a esclavitud al mundo entero» (Ap. Orac., coment. a la «Proclama»), depondrán de repente su actitud y restituirán a Cristo y a la Iglesia sus derechos. Aunque quisieran, en efecto, no podrían: «el género humano se halla perturbado, en efecto, hasta tal punto por errores, mentiras y falsas ideologías, que lo más frecuente es que, incluso habiendo buena voluntad, los hombres no aciertan ya a entenderse». (Ibid.)

Pero, ¿hemos de pensar que esta situación no tiene ya remedio, dado que «el tiempo va demostrando cada vez más que los hombres no son capaces de superar con sus propias fuerzas tales peligros y necesidades», que «disminuye de día en día la esperanza de hallar soluciones para una pacífica reconstrucción de la sociedad»? (Ibid.)

¡De ninguna manera! La Iglesia no renuncia a su vocación de victoria. «Nosotros, los católicos, conocemos los principios que llevan a procurar la salvación del linaje humano: han sido indicados con frecuencia por los últimos Pontífices, y debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para que se reconozcan y pongan en práctica, así en la vida privada como en la pública. Mas la experiencia,

al enseñarnos que de momento no es posible obtener en la vida pública tal reconocimiento práctico de la doctrina de la Iglesia» (ibid.), nos hace ver que algún requisito habremos olvidado, «que algo nos falta todavía para lograr la victoria de Cristo. *Este requisito es la oración.*» (Ibid.)

«He aquí que yo pondré mi arco sobre las nubes; y cuando cubriere yo de nubes la tierra, aparecerá el arco y me acordaré de mi pacto...»

(Gén., 6)

Pero, ¿está prometida la eficacia, indistintamente, a cualquier oración en general, en orden a este efecto particular, que constituye, al decir de Pío XII, «el fin último de la Iglesia aquí en la tierra: restaurar en Cristo todas las cosas»? ¿Es igualmente eficaz toda oración para acelerar «aquel momento en que la mano omnipotente de Cristo Rey sosegará la tempestad»? (Pío XII, encíclica «S. Pont.»)

La Iglesia contesta de modo preciso a este interrogante: «Nos ha sido dada, como remedio a las angustias de los tiempos actuales, la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de la Virgen María. Al recomendar esta devoción como *el remedio eficaz de nuestros tiempos*, debemos insistir de nuevo y siempre en el carácter extraordinario de la misma. Por este carácter, pónese de manifiesto el hecho de que *esta devoción tiene una misión particular en la vida moderna...*» (Ap. Oración, loc. cit.)

* * *

Los pasajes de la Sagrada Escritura transcritos al principio nos describen, ciertamente, los azotes de Dios sobre el mundo, llegado al máximo de su prevaricación; mas uno y otro terminan con una visión de paz y de victoria.

Queda abierta la puerta a la esperanza

Este es el sentido especialísimo que atribuye a la devoción al Corazón de Jesús y a la institución de la fiesta de Cristo Rey la encíclica «Miserentissimus», al presentarla como «anticipo de las alegrías de aquel día dichosísimo en que el universo entero, de buen grado y buena voluntad, obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey. Si Pío X había comparado nuestro tiempo —por sus pecados y por la naturaleza de los males que le afligen— con los tiempos del Diluvio, Pío XI encuentra a su vez un símil en aquel tiempo para la profética visión de hoy, que describe, con rostro iluminado:

«Así como en los tiempos antiguos, al salir la familia humana del arca de Noé quiso Dios que les brillara un signo, el arco que apareció sobre las nubes, así en las circunstancias turbulentísimas de la edad moderna... el benignísimo Jesús manifestó en lo alto a los pueblos su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y de caridad y prenda segura de victoria en la lucha.»

Esta extraordinaria concepción, esta audacísima y nueva «Teología de la Historia» que los Sumos Pontífices no temen profesar y difundir, está demasiado lejos de nuestro vulgar modo de concebir las cosas para que pueda surtir en seguida su efecto entre nosotros. Un día será, con la gracia de Dios. Mas, entretanto, deber de todos es el procurar identificarnos con ella y contribuir a difundirla; y, ¿quién aseguraría que no se concreta en ella nuestra vocación de católicos en el momento presente?

Jaime Bofill

El anticomunismo ateo

Por distintos caminos, supuesta siempre la buena fe, puede llegarse al hallazgo de una verdad, a la comprobación de un hecho. La reciente aparición de una obra —«La lucha por el imperio mundial»—, debida a la pluma de un escritor norteamericano —James Burnham—, corrobora la exactitud de este aserto. El país de los yanquis es una atalaya que las circunstancias del momento presente han hecho casi necesaria para apreciar con una visión panorámica el volumen de los acontecimientos de que somos protagonistas. Y la verdad es que Burnham, en medio de graves lagunas —es cierto— sienta afirmaciones con una profundidad y una crudeza a la que cierta literatura vacía y baladí de allende el océano no nos había acostumbrado todavía.

Del desaliento a la derrota

La impresión que en el ánimo del lector deja el libro de Burnham es desalentadora. Parecida a la que nos produciría el diagnóstico de un médico que apunta la presencia de un mal grave e inminente y no atina en el remedio para atajarlo. Aquí naufraga la perspicacia del escritor. Quiso adentrarse en el abismo de los males, y lo consigue en gran manera. Pero se queda allí, como aturcido, para balbucear, en tono nada firme, un conato de solución que en modo alguno está a la altura de la gravedad que él mismo proclama con duro acento.

«En el mundo actual —dice—, la división y desequilibrio, agravados enormemente por la simple existencia de las armas atómicas, son tan profundos que no pueden persistir bajo las tensiones presentes sin una solución trascendental» (1).

Y la solución trascendental viene a reducirse para él en el monopolio de las armas atómicas por parte de los Estados Unidos o en una extraña mística de renuncia total al poder en virtud de la entrega al «Único» (?), o en otras ligerezas que desdican de la seriedad de la obra y proclaman muy alto cómo la razón desprovista de prejuicios puede, sí, observar y conocer con exactitud los fenómenos externos y sus causas inmediatas, pero nunca llegar a la causa última de estos mismos sucesos de tanta complejidad.

No es aquí, pues, donde se manifiesta la sagacidad del autor en cuestión. Hemos dicho que el país norteamericano es atalaya apta para observar cierta clase de acontecimientos. No lo es, ciertamente, para dictar soluciones. En este punto nuestra discrepancia con Burnham es abierta y total. Estamos de acuerdo en la magnitud extraordinaria del problema (extraordinaria por distintas razones de las que él apunta), pero se nos antoja absurdo que quien señala la presencia de una idea comunista de fuerza avasalladora, peligrosísima, de alcance universal, sitúe frente a ella el espejuelo —y no más— de una energía atómica controlada, de una democracia mejor dirigida, o que haga cálculos y comparaciones sobre la extensión geográfica o sectores de influencia de uno y otro bloque marcados descaradamente como futuros contendientes. Un país donde el dólar tiene tanto imperio no es fácil que llegue a ser cantera de pensadores y de filósofos. Europa podrá ser vieja, pero en esto de pensar entiende todavía un poco. Y el problema —como el propio Burnham señala— es preferentemente un problema de ideas o de mitos. Y frente

a una idea —queramos o no— no hay que poner sino otra idea de igual o mayor vitalidad que contrarreste y venza a su contraria.

Lo que aquí interesa hacer resaltar es la fuerza con que Burnham denuncia la gravedad de un peligro que sus mismos compatriotas se empeñan en desconocer (ésta es su principal acusación), la frivolidad de la democracia liberal, acerbamente censurada por quien más que nadie puede conocerla, puesto que vive en medio de ella y, en el fondo, no renuncia a la virtualidad de sus postulados. El parangón que hace con el comunismo no puede ser más crudo: «Lo que presta ese encanto especial al mito comunista es el enfriamiento de nuestros mitos (?) religiosos y la falta de virtud operante en los mitos liberales y democráticos de la civilización del post-Renacimiento. Aludidos por los pavorosos problemas de esta prolongada crisis de una civilización, desorientados y temerosos, desilusionados de los ideales de la democracia liberal en acción, escépticos más o menos en creencias religiosas, los hombres se asen al mito comunista para que sus almas no se ahoguen por completo» (2).

Denuncia sin paliativos la vaciedad de los principios en que se sustenta el liberalismo y afirma tajantemente que «la humanidad no aceptará el vacío como un sustitutivo del imperio comunista» (3). Y antes de llegar a esta conclusión, mezclada, como otras tantas, con duras críticas a la ceguera y superficialidad de los poderes públicos de su propio país, sienta sin rodeos la afirmación de que «el liberalismo evita la obligación, a menudo penosa, de enfrentarse con la verdad lisa y clara y de reconocer que en muchos asuntos todos los puntos de vista son falsos meno uno» (4).

A pesar de esta confesión que hace pocos años se hubiera tildado de reaccionaria, Burnham no se libra del poderoso influjo que el ambiente de su época y de su país ejerce sobre su ánimo y —liberal al fin— divaga al llegar al punto necesario de la solución que imperiosamente postula el problema por él mismo planteado. Demuestra conocer bien, mejor que muchos al menos, el verdadero alcance del inmediato peligro comunista, y llega a afirmar incluso que «en la crisis mundial presente no hay la menor posibilidad de asustar con baladronadas a un contrario tan astuto y bien informado como lo es el comunismo» (5). Pero del contexto de su obra no se desprenden soluciones que sean en realidad mucho más que «baladronadas», ni acierta a comprender (para la mentalidad yanqui esto es poco menos que imposible) que lo de «contrario» referido al comunismo en boca de un norteamericano suena más a contrincante o a adversario en una misma disputa y colisión de intereses que a un enemigo ideológico (no formal), que es lo que más interesa para deslindar los campos en una lucha universal por el predominio del mundo entero y por la imposición de un nuevo concepto de la vida.

Al enjuiciar el fenómeno comunista lanza afirmaciones que en boca de un demócrata parecerán atrevidas a algunos: Que «los comunistas se equivocan al pensar que la victoria de sus objetivos es inevitable, pero nada hay en los hechos sociales que la hagan imposible» (6); que «no

(2) Vid. *La lucha por el Imperio Mundial*, Cap. VIII, La fortaleza y debilidad de la Unión soviética, págs. 188-189.

(3) Id. Cap. XV, El objetivo supremo de la política de los EE. UU. pág. 292.

(4) Id. Cap. III, Las consecuencias políticas de la bomba atómica, pág. 44.

(5) Id. Cap. XVIII, ¿Es inevitable la guerra? pág. 363.

(6) Id. Cap. XII, Fines políticos y hechos sociales, pág. 286.

(1) Vid. *La lucha por el Imperio Mundial*, Cap. XVIII, ¿Es inevitable la guerra? págs. 360-361.

PLURA UT UNUM

se puede ir de acuerdo con el comunismo más que de una sola forma: capitulando ante él» (7), y que «no se trata de ser demócrata, sino de ser eficaz. Si no puede lograrse que la democracia sea razonablemente eficaz, podría perfectamente abandonarse ahora» (8).

En este tono se desenvuelve el libro de Burnham, tremente alegato contra la postura y la conducta de sus propios compatriotas y de los «occidentales». Una viva preocupación, por momentos desesperante y siempre angustiosa. La sensación de lo apremiante, de lo urgente, se vive a través de todas sus páginas. «No hay tiempo para planear sociedades ideales... la meta de un programa político que signifique algo debe poderse alcanzar en una década a lo sumo... Si una casa está ardiendo nada significa para sus moradores un programa de reforma si no se hace algo entretanto para apagar el fuego (9)... Así se expresa quien ve la extensión del incendio y no vislumbra ni repara en la manera de apagarlo. ¿Qué soluciones pueden salir de un tal estado de desesperación?

Muchas soluciones. Para muestra un botón. «La supervivencia sucesiva de la democracia (no hay más problema que éste!) en este país (Norteamérica) exige la supresión ahora del comunismo» (10). Aquí ya entramos en el terreno de lo grotesco. ¡Suprimir el comunismo! Como si se tratara de suprimir una tarifa o un impuesto. ¡Por decreto!

De la fe a la victoria

Burnham, a lo largo de su obra demuestra poseer una rara inteligencia. No es, pues, cortedad de ingenio lo que le hace pronunciar estas peregrinas soluciones. Si no se conoce la raíz profunda del mal, ¿cómo va a dictarse el remedio? Si prevalecieran estos criterios que tienen un fondo real innegable, pero que son fruto de una visión exclusivamente naturalista del mundo, los hombres actuarían sólo por miedo. Y el miedo no puede ser el motor de seres racionales ni será nunca bandera de victoria. «El permanecer en paz —dice Chesterton— porque se tiene miedo a un profesor que amenaza con su rayo mortal o a un tirano que enarbola un instrumento de tortura, sería, en realidad, una muerte diaria y nadie se sentiría seguro contra la muerte» (11).

El material aprovechable de la obra de Burnham para

(7) Vid. obra citada, Cap. XIII, La ruptura con el pasado, pág. 257.

(8) Id., íd., íd., pág. 254.

(9) Id. Cap. III, Las consecuencias políticas de la bomba atómica, págs. 54-55

(10) Id. Cap. XVI, La realización interna de la política exterior, pág. 337.

(11) Vid. «El fin del armisticio» 1.ª edición, Cap. XXXII, págs. 180-181.

quien quiera conocer y vivir a fondo nuestros tiempos es la descripción descarnada de los males que un optimismo fácil y artificial se empeña en negar. Descripción, además, excepcional, por provenir del país sobre el que se cifran exageradas esperanzas y pueriles ilusiones. Pero quien se detenga en la exposición de las enfermedades y no tenga juicio crítico para valorar los remedios simplistas que luego se proponen, sacará una conclusión que en manera alguna se conforma con la verdad. La conclusión que hoy alimenta la suicida postura del que afirma que «no hay nada que hacer». Criterio fatalista, criterio absurdo y, por añadidura, totalmente anticristiano. Si Burnham presenta alguna solución al problema agobiante que describe es ésta: perirecharse con armas atómicas, activar la política exterior orientándola hacia la supresión del comunismo por vías legales. Confianza plena de todos los países en la potencia de los Estados Unidos. El culto idolátrico a la fuerza, la ley universal que dicten los cañones. Sin rebozo lo delata: «Para nosotros la ley internacional sólo puede ser lo que fué en Nuremberg: una pantalla que cubre la voluntad del más fuerte» (12).

El materialismo, la religión más extendida en nuestro tiempo, es un peligro común a todos los bloques que se forman. Y es falso que tenga su residencia única en Rusia. Y ahí está el verdadero peligro. Si el comunismo es, ante todo, un poder satánico (y para nosotros esto está fuera de duda) no podrá jamás ser vencido ni contrarrestado con eficiencia por un materialismo que es tan satánico como él.

«Satanás —escribe el Cardenal Cerejeira en un mensaje al pueblo portugués— sólo es vencido por Cristo. Toda tentativa para vencer la invasión marxista en los espíritus que desprecie o desvalorice al Cristianismo y a la Iglesia, acabará, tarde o temprano, en el fracaso. El único medio de conjurar el prestigio diabólico del paisaje terreno del paraíso comunista es formar cristianamente a las almas. Si la sociedad actual, expurgada de sus vicios capitalista y laico quiere sobrevivir, tiene que volver a poner en los corazones, en las escuelas, en las leyes y en las instituciones la enseñanza de Cristo y la obediencia a su ley. Como el Padre Sertillanges escribió por título de uno de sus libros: «O Dios o nada» (13).

El problema está ahí. Y la solución también. Un escritor norteamericano casualmente profundo como Burnham no menciona en ninguna página el nombre de Satanás. Ni siquiera por casualidad.

Roberto Coll Vinent

(12) Vid. obra citada, Cap. XII, Fines políticos y hechos sociales, pág. 237.

(13) Vid. revista *Ecclasia*, tomo XII, número 295, pág. 13.

Las consecuencias de la próxima guerra

No podemos hacernos ilusiones sobre lo que representará la derrota en la próxima guerra total. Estamos muy lejos de aquellas primeras guerras de la primavera de la civilización, que eran parte de la exuberancia de un crecimiento lozano. Hemos dejado atrás las guerras que eran asunto profesional de una pequeña clase que tenía poco que hacer aparte de ellas, o las guerras cortesces, que, tras mucho maniobrar y poca lucha, derribaban una dinastía o ponían fin a un capricho fronterizo. Estamos haciendo las Guerras Púnicas; las guerras civiles, que forman el clima de los tiempos de angustia; las guerras de aniquilamiento. En la segunda guerra mundial, impelido Roosevelt por una fatalidad, que sin duda no comprendió, reveló con un siniestro «slogan» la naturaleza de nuestra época. Por primera vez en la historia de las guerras de la Civilización Occidental, el objetivo perseguido fué «rendición incondicional», derrota total, definitiva, aplastante y demoleadora.

(JAMES BURNHAM. — «La lucha por el Imperio Mundial», página 402)

Significación de la bomba atómica

«Que el pueblo entienda que los tiempos son gravísimos.»

(Véase CRISTIANDAD, núm. 138, pág. 515)

Hiroshima ha dejado de existir

26 de julio de 1945.

Desde Berlín, muy cerca de la cual —en Postdam— se celebra la conferencia conocida posteriormente con el nombre de la ciudad que la albergó, Truman, Churchill y Chiang Kai Shek dirigen al pueblo japonés una proclama invitándole a rendirse incondicionalmente a los ejércitos aliados. La invitación contiene, como contrapartida, la siguiente amenaza:

«La utilización de nuestra potencia militar en toda su amplitud y respaldada por nuestros firmes propósitos, supone la destrucción total e inevitable de las fuerzas armadas japonesas y la destrucción implacable y total también de la nación japonesa.»

¿Qué significaban estas últimas palabras? ¿Constituían una simple bravata o involucraban la decisión de repetir sobre el Japón el bombardeo exterminador que se ensayó sobre Alemania? ¿Acaso insinuaba la posesión de una potencia militar más amplia y más concentrada, al mismo tiempo, que la que hizo posible la conquista del Reich?

No pasarían muchos días sin que se diera una respuesta adecuada a los interrogantes que se formularon a la vista del texto que hemos reproducido.

El día 6 de agosto, el Presidente Truman anunciaba al mundo que la primera bomba atómica había sido arrojada sobre la ciudad japonesa de Hiroshima.

¿Qué era la bomba atómica?

Según Truman, representaba «la utilización del poder básico del universo».

Para Hiroshima significó sencillamente esto: «HOMBRES Y ANIMALES, PLANTAS E INSECTOS, HAN PERECIDO ABRASADOS POR EL FUEGO O POR EL EFECTO DE HORRÍSONAS ONDAS DE AIRE INCENDIADO. LA CIUDAD HA DEJADO DE EXISTIR» (1).

La bomba atómica era, en todo caso, el exponente más claro de una cultura, de una técnica, materializadas y puestas al servicio exclusivo del espíritu de soberbia y de dominio del hombre. Era la consecuencia inmediata de un largo y laborioso proceso de descristianización; pero representaba quizá, también, el comienzo de una nueva edad en la que una ciencia sin Dios, ante la cual se abrían inmensas e inauditas posibilidades, puesta al servicio de dirigentes sin escrúpulos, podría condenar a la humanidad a la servidumbre y al envilecimiento.

¡Angustiosas perspectivas las que ponía en evidencia el descubrimiento de la energía nuclear!

El Papa habla de la energía atómica

Ya el Santo Padre, en el discurso pronunciado con ocasión del VII año de la Academia Pontificia de Ciencias (febrero de 1943), había hecho alusión a los trabajos que se estaban realizando en torno a la transformación del átomo, y al ancho campo de posibilidades y de peligros que tales investigaciones podían entrañar. Vale la pena de detenernos un momento en las palabras del Romano Pontífice para comprender mejor la honda trascendencia del arma mortífera cuya posesión y uso tanto pueden representar para el futuro de la sociedad y del mundo.

Señalaba el Papa que, dado el microscópico tamaño del átomo, no se creía en un principio que la energía en él acumulada pudiese tener importancia en la vida práctica. Pero, posteriormente, tal apreciación se había demos-

trado no tener fundamento sólido. «Se ha establecido, en efecto —explicaba S. S. Pío XII—, que en la disgregación que sufre un átomo de uranio al ser bombardeado por un neutrón se libertan dos o tres neutrones, cada uno de los cuales se lanza solo y puede encontrar y fraccionar otro átomo de uranio. De este modo se multiplican los efectos y puede ocurrir que el choque continuamente creciente de los neutrones sobre átomos de uranio haga aumentar en breve tiempo el número de los neutrones liberados y proporcionadamente la suma de energía que de ellos se desarrolla hasta una medida del todo enorme y apenas imaginable. De un cálculo especial ha resultado que de este modo en un metro cúbico de polvo de óxido de uranio en menos de una centésima de segundo, se produce una energía suficiente para lanzar a veintisiete kilómetros un peso de un millar de toneladas: una suma de energía que podría sustituir por muchos años la acción de todas las grandes centrales de energía eléctrica de todo el mundo» (2).

Con esta sencillez en la exposición, ponía de relieve el Papa las posibilidades inmensas que, todavía entonces, se ocultaban en la energía nuclear. Posibilidades que podían traer, rectamente empleadas, grandes beneficios para la humanidad, pero que también, por desgracia, habían de ser ocasión y causa de nuevos e inmensos males.

Los trabajos de algunos hombres de ciencia, puestos al servicio de intereses oscuros y muchas veces inconfesables, hicieron posible que esta nueva fuente de energía sirviese inicialmente para segar millares de vidas humanas y para sembrar de ruinas y devastación las regiones en las que dicha energía fué a sabiendas desencadenada.

Hiroshima y Nagasaki, destruidas y aniquiladas por medio de bombas atómicas, muestran en sus escombros y en los montones de cadáveres que albergaron, y que tal vez todavía sepultan en su seno, de lo que son capaces la inteligencia y la voluntad humanas cuando se desentienen de las normas morales y atentan contra el orden y la ley establecidos por Dios.

Gravedad extraordinaria del nuevo invento

Pero el invento de tan ferrible artefacto y el uso que del mismo se hizo contra la población civil no podía menos que acarrear tremendas consecuencias y peligros inmensos para todos los pueblos, aun para aquellos que se vanagloriaban con la posesión del secreto del nuevo instrumento de guerra.

Era inútil que el señor Churchill declarase enfáticamente: «Esta bomba ha traído la paz», o que insistiese en la necesidad de que la fórmula de su elaboración no se revelase «a ningún otro país del mundo en la actualidad, si ello es posible» (3). A nadie se ocultaba la amenaza que se derivaba del nuevo descubrimiento.

Ya el mismo Presidente Truman había manifestado a raíz del lanzamiento de la primera bomba: «Nadie puede prever lo que otra guerra podría causar a nuestras ciudades y a nuestro pueblo» (4).

¿A qué se debía este temor, este desasosiego, por parte de los Estados Unidos, si ellos tan sólo conocían el secreto de la nueva arma?

Quizás la pregunta quedaría contestada si se respondiese adecuadamente a estos dos interrogantes: ¿Quiénes

(1) De la emisión de Radio Tokio captada en Nueva York, 8 de agosto de 1945.

(2) Del texto publicado en la revista *Ecclesia*, 13 de marzo de 1943.

(3) Discurso del señor Churchill, 18 de agosto de 1945.

(4) Discurso del Presidente Truman, 10 de agosto de 1945.

PLURA UT UNUM

controlan, en realidad, el secreto de la bomba atómica y tienen en sus manos los medios imprescindibles para su construcción? ¿Qué designios abrigan sus actuales poseedores?

Muy pronto desaparecieron las primeras ilusiones de que mientras el secreto de la desintegración atómica estuviera en poder de los científicos de Norteamérica, no habría por qué sentir temor de su futuro empleo en daño de los demás pueblos. Ilusión absurda desde el primer momento, ya que de hecho fué «probada» en la carne de humildes ciudadanos japoneses, y que en la intención del Presidente Truman hubiera sido usada repetidamente —suponiendo que existiese depósito suficiente de bombas— hasta lograr la rendición total del Japón (5). Si la bomba atómica fué lanzada ya contra el territorio de un Estado enemigo, ¿por qué no ha de temerse que los Estados Unidos pudiesen emplearla en caso de nueva conflagración?

No es tampoco más seguro que la posesión simultánea de dichos artefactos por los Estados Unidos y la U. R. S. S., pueda asegurar, por el mutuo temor, el que no habrá de emplearse en una futura guerra. ¿Quién puede garantizarlos que no sea empleada en daño de un tercero?

Tampoco su control internacional puede ofrecer perspectivas halagadoras. En primer término porque es prácticamente imposible que dicho control pueda ser absoluto y total. En segundo lugar, porque en caso de guerra dejaría de existir si las potencias que en él toman parte estuvieran situadas en bandos diferentes. Además, dicho control solamente libraría del temor a los Estados que, participando en el mismo, tuvieran los medios suficientes para construir, siempre que les conviniese, las bombas precisas, con lo cual las naciones pequeñas o sin recursos suficientes estarían siempre sujetas al capricho de las mayores. Pero, sobre todo, ¿cómo asegurar el no uso de las armas atómicas, si los que las tienen en su poder, los que conocen el secreto y los que disponen, directa o indirectamente, de la organización industrial indispensable, no ofrecen las garantías morales mínimas que habría que exigir a sus manipuladores?

Con ello volvemos de lleno a las preguntas clave que hemos formulado anteriormente.

¿Quiénes tienen en su poder el secreto de la bomba atómica? ¿Qué objetivos persiguen y qué intereses tratan de servir?

¿Hacia la gran catástrofe...?

Es evidente que todos los esfuerzos realizados para el aprovechamiento de la energía nuclear tuvieron como finalidad confesada la de que pudiera emplearse para el exterminio. John Anderson manifestaba, en agosto de 1945, que «hasta ahora, todos los trabajos relacionados con esta gran invención se han efectuado casi exclusivamente con fines de destrucción» (6). Desde entonces, muy poco habrán cambiado las orientaciones que han guiado la labor de los científicos consagrados a estos menesteres. Cada día que pasa se dan nuevas informaciones sobre la construcción de nuevos artefactos más grandes y más poderosos; pero es muy rara la noticia que refleje alguna confianza sobre el empleo de la desintegración atómica al servicio de la humanidad y del progreso mundial.

Ante este hecho, es indudable que ninguna solución de compromiso, ningún acuerdo entre Estados, pueda tranquilizar suficientemente a las naciones y a la sociedad universal. Y, sin embargo, más grande sería el temor, mayor sería el espanto, si pudiéramos saber con toda exactitud, en qué cerebros, en qué manos reside el verdadero, el auténtico control de la energía nuclear.

(5) Dijo el señor Truman en su citado discurso: «Continuaremos utilizándola (la bomba atómica) hasta que destruyamos por completo el poderío del Japón para proseguir la guerra, y sólo la rebelión en el Japón nos detendrá a seguir utilizándola».

(6) Declaraciones de John Anderson, jefe de las investigaciones atómicas en la Gran Bretaña, a la Agencia Reuter. 8 de agosto de 1945.

Como indicio de esta trágica verdad, no del todo desvelada, apuntaremos unos breves datos.

La secretaria del científico judío Albert Einstein manifestaba, pocos días después de lo de Hiroshima, que este conocido físico y matemático sabía perfectamente cómo operaba la bomba atómica. Se ha dicho también que Einstein, juntamente con otros hombres de ciencia judíos, forma parte del grupo que controla de hecho el secreto de las fórmulas precisas para lograr la desintegración nuclear y la posibilidad de su empleo como medio de destrucción (7).

Si ello es así, no son exagerados la congoja y el temor.

Recordemos, a este respecto y como ilustración de lo dicho, unas palabras escritas por el propio Einstein:

«No alcanzo a imaginar a un Dios que premia o castiga a sus criaturas, o que, en general, posee una voluntad semejante a la que observamos y sentimos en nosotros mismos. Tampoco me es posible concebir que un individuo sobreviva a su muerte corporal: esta clase de pensamientos sólo pueden servir de alimento para las almas débiles, temerosas o ridículamente egoístas» (8).

A la luz de tales peligros, se comprende la afirmación de Burnham: «Muy bien puede resultar que al poner en libertad la energía nuclear se haya suicidado la civilización occidental» (8*).

Pero también penetran con mayor profundidad las palabras del Romano Pontífice felizmente reinante, Su Santidad Pío XII:

«El mundo nunca ha tenido más necesidad que hoy de la gran vuelta a las máximas del mensaje de Belén. Y, con todo, rara vez como hoy se ha manifestado tan dolorosamente entre los hombres el contraste entre los preceptos de aquel mensaje divino y la realidad de nuestros días.»

Rara vez como hoy... Tiempos gravísimos, extraordinarios, que precisan de remedios especialísimos, extraordinarios también.

«Si se quiere volver a los grandes principios de la justicia que llevan a la paz —señalaba el Papa en la misma ocasión—, es menester pasar por Belén» (9).

Y para ello es preciso implorar de Dios, «con grande ahinco», su misericordia, para que el género humano se convierta y vuelva penitente a su Creador y Señor (10).

Solamente con la oración lograremos la victoria de Cristo.

«Orad, pues, venerables hermanos; ORAD SIN INTERRUPCIÓN, orad principalmente cuando ofrecéis el divino sacrificio de amor. Orad vosotros, a quienes la valiente profesión de fe impone hoy duros, penosos y no raras veces heroicos sacrificios; orad vosotros, miembros pacientes y dolientes de la Iglesia, cuando Jesús viene a consolar y aliviar vuestras penas.

»Y no olvidéis, MEDIANTE UN VERDADERO ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN Y DIGNAS OBRAS DE PENITENCIA, de hacer vuestras plegarias más aceptas a Aquel que levanta a los que caen y anima a los deprimidos, para que Él, en su misericordia, abrevie los días de la prueba y se cumplan así las palabras del salmo: *Clamaron al Señor en sus tribulaciones y los libró de sus necesidades*» (11).

De otro modo, quizá llegaría con rápido paso la hora del castigo, la del desencadenamiento de la fuerza brutal, de la que la bomba atómica es su signo representativo, su máxima exteriorización. La hora de la gran catástrofe, de la que en el sentir de Donoso Cortés habría de ser la catástrofe por excelencia en la historia de la humanidad...

José-Oriol Cuffi Canadell

(7) Entre otros personajes judíos que fiscalizan los trabajos sobre la desintegración nuclear en los Estados Unidos, se citan a Bernard Mannes Baruch, L. Lewis Strauss y David Eli Lilienthal, recientemente dimitido de su cargo de la Comisión de Energía Atómica.

(8) Albert Einstein, *Mi panorama mundial*. Santiago Rueda, Editor; Buenos Aires. Pág. 16.

(8*) James Burnham. *La lucha por el Imperio Mundial*, pág. 52. — Ediciones Pegaso. (El subrayado en el texto es nuestro).

(9) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1946.

(10) Véase CRISTIANIDAD, núm. 138, págs. 511-517.

(11) Pío XII. Enc. *Summi Pontificatus*.



DOS SONETOS ESPIRITUALES

I

Al Santo Nombre de Jesús

Jesús, bendigo yo tu santo Nombre;
 Jesús, mi corazón en ti se emplee;
 Jesús, mi alma siempre te desee;
 Jesús, lóete yo cuando te nombre.

Jesús, yo te confiese Dios y hombre;
 Jesús, con viva fe por ti pelee;
 Jesús, en tu ley santa me recree;
 Jesús, sea mi gloria tu renombre.

Jesús, medite en ti mi entendimiento,
 Jesús, mi voluntad en ti se inflame;
 Jesús, contemple en ti mi pensamiento.

Jesús de mis entrañas, yo te ame;
 Jesús, viva yo en ti todo momento;
 Jesús, óyeme tú cuando te llame.

(Anónimo. Del «Cancionero y vergel de flores divinas»).

II

Si para Dios...

Si, para Dios, con Dios nos disponemos,
 Hombres de Dios, sin Dios ¿qué imaginamos?
 Y si la puerta es Dios, y a Dios entramos,
 A Dios, que es luz ¿sin Dios atinaremos?

Si el medio es Dios, y a Dios por fin tenemos,
 y Dios es el auxilio, y a Dios vamos,
 Decidme ¿porqué a Dios, sin Dios, buscamos?
 ¿Pensáis que a Dios, sin Dios, hallar podremos?

Henchid por Dios, de Dios vuestras entrañas.
 Que si las toca Dios, de Dios movidas
 Harán de Dios, por Dios, cosas extrañas;
 Y si por Dios no van a Dios regidas,
 Serán a Dios, sin Dios, vuestras hazañas,
 Como sin Dios, de Dios aborrecidas.

(Devocionario espiritual de Amberes)

Omnes sitientes, venite ad aquas!

ISAÍAS, 55

¡Ah, sedientos todos, acudid a las aguas,
también los que no tenéis dinero!
¡Id, comprad y comed, y andad, comprad sin dinero!
y sin pago vino y leche!
¿Por qué pesais dinero por cosa que no es pan,
y el fruto de vuestro trabajo por cosa que no da hartura?
¡Escuchadme atentamente y comed cosa buena,
y vuestra alma se conforte con grasa!
Inclinad vuestro oído y venid a mí;
escuchad, se reanimará vuestra alma!
Y concertaré con vosotros una alianza eterna,
las veraces misericordiosas promesas hechas a David.
He aquí que le he constituido como testigo *de los pueblos*,
caudillo y soberano de las naciones.
Mira, a gente que no conociste llamarás,
y gentes que no te conocían correrán hacia ti,
por causa de Yahveh, tu Dios,
y por el Santo de Israel, pues te glorifica.
¡Busca a Yahveh, (ahora) que puede ser hallado;
clamad a El, (ahora) que está cerca.
Apártese el impío de su camino/ y el ruín de su designio
y conviértase a Yahveh para que se apiade de él,
y a nuestro Dios, pues ampliamente perdona.
Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,
ni vuestras sendas las mías, afirma Yahveh;
mas, como los cielos son más altos que la tierra,
así mis caminos son más elevados que vuestros caminos,
y mis pensamientos que vuestros pensamientos.
Pues así como la lluvia y la nieve descienden del cielo
y allá no vuelven, sino que empapan la tierra,
la fecundan y hacen germinar,
de suerte que otorga sementera al sembrador y pan al que come,
tal será mi palabra que ha salido de mi boca:
no tornará a mí de vacío,
sin que haya producido lo que yo quería/
y llevado a efecto felizmente aquello para que la envié.
Ciertamente partiréis con alegría/ y en paz seréis conducidos;
los montes y las colinas prorrumpirán en gritos de júbilo ante vosotros,
y todos los árboles del campo batirán palmas;
en lugar de zarzas brotarán cipreses,/ y en vez de ortigas, mirtos,
y ello servirá de renombre a Yahveh/
de señal eterna que nunca desaparecerá.

(Trad. P. Cantera)

¡Ea! ¡sedientos todos, venid a las aguas!

ISAÍAS 55, 1

Ocasión del comentario

Desde la cátedra de San Pedro, cabe el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, la voz del Vicario de Cristo se dejará oír durante el tiempo de misericordia y perdón que es el Año Santo, recién comenzado, para consagrar a los Corazones Sacratísimos de Jesús y de María la humanidad entera: esa humanidad sedienta de paz y felicidad, que en vano anda buscando por esos mundos de Dios, no en la tierra sin Dios o la vida a espaldas del Señor, con que apagar una sed que la atormenta sin dejarla sosiego.

Las palabras del «dulce Cristo en la tierra» no serán más que el eco —amplificado ahora por la prensa y altavoces y difundido alrededor del planeta por las ondas de la radio— de aquellas otras con que clamara Jesús allá en los atrios del templo jerosolimitano, diciendo e invitando:

Quien tenga sed, venga a mí y beba (Ioh. 7, 37).

Invitación apremiante

Los oyentes del divino Maestro pudieron entenderlas perfectamente, porque unos siete siglos antes —y ellos las leían periódicamente en sus reuniones sinagogales del sábado—, Isaías, el profeta o evangelista del Antiguo Testamento, que tantos hechos y circunstancias vaticinara de la vida del futuro Redentor y Mesías, probablemente también en los atrios del templo de Jerusalén, había pronunciado en nombre de Dios palabras parecidas, una invitación apremiante, que decía:

¡Ea! ¡sedientos todos, venid a las aguas!

El hombre, en su cuerpo y en su alma, tiene un anhelo, un afán irresistible, al que no sabría oponerse, al que no puede renunciar: la felicidad. Esa felicidad, cuya consecución tanto más le preocupa cuanto más lejos está de conseguirla, cuanto menos la posee o disfruta. ¿Qué de particular el que muchos se esfuerzan y deseen ardientemente procurar a los individuos, a las familias, a la nación, a la patria, sobre todo a sí mismos, un estado feliz o de mayor prosperidad, particularmente cuando las angustias de los tiempos los hacen harto difíciles y calamitosos?

Así ocurría entre los israelitas, a quienes se dirigía Isaías. Pero lo malo no estaba en el esfuerzo ni en los propósitos en sí, sino en el camino emprendido para llegar a la felicidad. Porque olvidando su condición de miembros de la humanidad caída, pretendían buscar la sola satisfacción de la baja concupiscencia, desterrar el trabajo y la fatiga, correr alocados, hambrientos, sedientos tras los bienes materiales: ciencia vana, honores, riquezas, placeres...; tras todo aquello por cuya consecución se había pisoteado la ley de Dios, se habían olvidado los derechos más sacrosantos de la justicia y de la caridad, se habían perpetrado toda suerte de iniquidades e incluso de crímenes, sobre todo contra los desvalidos, los pobres, los huérfanos, las viudas; tras todo aquello que había escandalizado a los sencillos y los había arrastrado por idénticos caminos de pecado, porque en su patria —la tierra y el pueblo de Dios— no veían triunfantes sino a cuantos vivían conforme a una ley que en nada se parecía a la de Yahvé; tras todo aquello, en fin, que condujo al pueblo escogido a la desaparición de la propia nación, al destierro en Babilonia.

Que si Isaías hablaba a los contemporáneos que le rodeaban junto al templo, contemplaba directamente con su mirada profética a los judíos en el cautiverio. Ve cuánto sufren, comprende sus anhelos de cambiar las duras con-

diciones de vida, teme que algunos, afortunados en la misma Babilonia o hechos a una vida que con el tiempo no deja de presentar sus comodidades o tener sus ventajas, rehúsen luego tornar a la patria, en cuyo suelo tendrá principio el cumplimiento de las promesas, por miedo a los trabajos y a la pobreza de la reconstrucción. De ahí que invite con apremio:

¡Ea! ¡sedientos todos, venid a las aguas!

Corred, apresuraos a calmar vuestra sed de felicidad en los bienes de los tiempos mesiánicos; acudid a recrear vuestras almas en los únicos bienes capaces de satisfacer plenamente y en verdad las necesidades del espíritu humano; buscad el remedio a vuestros males allí donde realmente se encuentra.

Y bien vale la pena, porque se ofrece gratuitamente:

¹ ¡Ea! ¡sedientos todos, venid a las aguas!

aun los que no tenéis dinero.

Venid, comprad pan y comed,
venid, comprad pan sin dinero,
y sin pagar, vino y leche.

No es que no valga: lo regala el Señor, brinda sus bienes a quien quiera aceptarlos, porque son de tanto precio, que no lo hay equivalente en la tierra: sería infinito; por algo se dice que es «gracia» de Dios.

Bienes vacíos

¿A qué entonces tanto afán —insiste el profeta— por correr tras aquello que no puede saciar?

² ¿A qué gastar vuestro dinero no en pan,
y vuestro trabajo no en hartura?

El profeta no pretende hacer creer que el camino de los bienes mesiánicos sea sin trabajos ni fatigas. Imposible. Esta es condición de la vida presente. Lo que sí urge e importa es dar sentido a este trabajo que no se puede rehuir, dar valor a la fatiga que es compañera inseparable del hombre.

Imaginarse la vida de la conquista de los bienes materiales sin dolores y penas, es grave equivocación, que la experiencia se encargará pronto de confirmar; y en el mejor de los casos, la satisfacción lograda es efímera, amarga, deja un perpetuo vacío en el alma: se tratará continuamente de llenarlo con nuevos afanes, riquezas, placeres, mas siempre será en vano. Porque mal puede llenar al hombre, constituir su plena felicidad, aquello que Dios le diera —los bienes de la tierra— como medio para lograrla: que el hombre es criado por Dios a su imagen y semejanza, y en Dios solamente tiene su destino y suprema felicidad. Es la lección eterna de la historia, que pocos hombres llegan a aprender, aplicándola a su vida de cada hora.

El camino de la felicidad

Y con tan poco, con parecer mucho y serlo todo, como Dios pide para hacer participes a los hombres de sus bienes: la obediencia a sus santas leyes:

Escuchadme y comeréis lo mejor,
y os deleitaréis con manjares suculentos.

³ Dadme oídos y venid a mí;
escuchadme y vivirá vuestra alma,
y haré con vosotros un pacto sempiterno,
el de las firmes misericordias de David.

Pablo Termes Ros, Pbro.

Radiomensaje de Su Santidad el Papa Pío XII a los enfermos

(21 Noviembre 1949)

«Cuántas veces, al recibir y al dar la bendición a las multitudes de los peregrinos reunidos junto al Padre común de los fieles, nuestro anhelante pensamiento se ha vuelto hacia los ausentes, hacia vosotros sobre todo, queridos hijos, pacientes y enfermos de Italia y de todo el mundo, impedidos como estáis de uniros a los otros, porque estáis clavados en la cruz de vuestros dolores.

»Cuántas veces hemos sentido punzante en el corazón el deseo de ir a vosotros, de pasar en medio de vosotros, en alguna manera, como lo hacía Jesús en su vida terrena, sobre las orillas del lago, a lo largo de los caminos, en las casas, y como lo hace ahora en su vida eucarística, a la sombra de los grandes santuarios marianos, bendiciendo y curando. Pero, ¿cómo llegar hasta vosotros, dispersos por todo el haz de la tierra, en la que no hay un solo rincón inmune de la enfermedad y del sufrimiento?

»Así, pues, hemos pensado visitaros con nuestra palabra, hacer llegar nuestra voz hasta la extremidad del mundo, para alcanzar a todos, sin excepción, dondequiera que estéis, en los hospitales, en los sanatorios, en las clínicas, en las casas privadas, hablar a cada uno de vosotros, en la intimidad, como si cada uno de vosotros estuviese solo, e inclinados sobre vuestro lecho haceros sentir toda la ternura de nuestro afecto paterno, aplicar a vuestros dolores el bálsamo que, si no siempre cura, siempre, a lo menos, conforta y alivia: el bálsamo de la Pasión del dulce Salvador nuestro, Jesucristo.

Dios ama al que sufre

»Nos queríamos, al aproximarse el Año Santo, y como preparación a este gran tiempo de gracias, ayudaros a mejor comprender y apreciar el fruto que podéis sacar de la meditación de los padecimientos de Jesús, para endulzar vuestra angustiosa suerte con la paciencia, iluminarla con la esperanza, transfigurarla con la conciencia de su valor y de su fecundidad.

»El bálsamo de la Pasión de Jesús os dará la paciencia en la prueba. ¡Bajo el peso opresor de la dolencia, de la enfermedad aguda o crónica, torturante por su intensidad o por su duración sin fin, a la pobre naturaleza crucificada resulta muchas veces bien difícil resignarse, continuar creyendo que Dios le ama todavía, mientras le deja sufrir tanto! ¿Crucificada? ¡Sí! Pero mirad a Aquel que es el Crucificado por excelencia. ¿Le reconocéis? Es el Hijo amado, en quien el Padre se ha complacido (confróntese *Matth.*, 17, 5). Miradle a la cara y decid al buen Dios que vosotros creéis en su amor por vosotros. Tendidos quizá sobre un incómodo lecho, volviéndoos para uno y otro lado sin encontrar descanso; miradlo inmobilizado por los clavos que le clavan al madero tosco de la cruz desnuda. ¿Vuestra garganta arde por la fiebre? ¿Las medicinas son amargas? A Jesús, en el Gólgota, no le dieron sino hiel y vinagre (*Matth.*, 27, 34, 48). Y así, a cada una de vuestras quejas, El responde dulcemente: Oh, sí; yo sé qué es aquello; he pasado por las mismas penas. Habiendo tomado sobre Mí todos los dolores, soy también por propia experiencia compasivo y misericordioso.

La esperanza del enfermo

»Este bálsamo sostendrá también vuestra esperanza. Puede ser que alguna vez la sintáis vacilar. ¡Hace tanto que tengo este sufrimiento!

»¿Durará, acaso, siempre? Quizá no es más que una

impresión vuestra, o, al contrario, ¡ay!, es un mal humanamente incurable, y vosotros lo sabéis. Habéis orado, pero quizá no habéis obtenido la curación ni la mejoría, y por ello os creéis abandonados. Entonces, una impresión de desaliento invade vuestro corazón y, vencidos por el sufrimiento y por la tristeza, dejáis escapar una queja de vuestros labios. Mientras ella no trasciende a murmuración, vuestro Padre celestial no os reprende por ello. El os oye como un eco del lamento de su Hijo amado, a cuya voz pareció no prestar oído. Mirad, pues, a Jesús. Postrado en la agonía, El había orado: Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz. Pero añade en seguida: Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. Moribundo sobre la cruz había gritado: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y después, obediente hasta la muerte, El exclama: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Pero después vedlo resucitado, glorioso, beatificado para toda la eternidad. No; vuestro sufrimiento no durará para siempre. Abrid vuestro corazón a la esperanza inmortal y decid con el afligido Job: Yo sé que vive mi Redentor y que yo he de resucitar de la tierra en el último día..., y en mi carne veré a mi Dios (*Job.*, 19, 25-26). Escuchad al apóstol San Pablo, que os enseña que los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la futura gloria que se manifestará en nosotros (*Rom.*, 8, 18).

El dolor fecundo

»Este bálsamo, en fin, pondrá en vuestros dolores una dulzura inefable, porque la Pasión de Jesús os revela la fecundidad de vuestro sufrimiento para vosotros mismos, para los demás, para el mundo. Más que por otra cosa vosotros sufrís al sentirlos inactivos, ociosos, inútiles, como un peso para los que os rodean, y lloráis por vuestra vida tronchada y estéril. Sin embargo, ¿no es verdad que la enfermedad, soportada serenamente, afina el espíritu, suscita en el ánimo pensamientos altos, muestra a los corazones desviados la vanidad y la necedad de los placeres mundanos, cura las llagas morales, inspira generosos propósitos? Pero hay más. ¡Mirad la cruz, mirad todos aquellos que han sufrido! Con sus palabras y con sus ejemplos Jesús ha enseñado a los hombres; con sus milagros ha pasado haciendo el bien; pero con su Pasión y su cruz ha salvado al mundo: «*Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per Crucem tuam redemisti mundum.*» El mismo Jesús, exhortándoos a llevar vuestra cruz y a seguirlo, os invita, por ello mismo, a cooperar con El en la obra de la redención. Como su Padre celestial le ha enviado a El, así El os envía a vosotros; y la misión que El os encarga, Nos, su Vicario acá abajo, la confirmamos y la bendecimos. Amados dolientes, amados enfermos, durante el próximo Año Santo Nos confiamos en los trabajos y en las oraciones de todos los fieles, pero más todavía contamos con el santo sufrimiento que, unido a la Pasión de Jesús, da a la acción de unos y a la contemplación de otros su perfección y eficacia.

»El bálsamo de esta Pasión que os fortifica con la paciencia y con la esperanza en vuestra prueba, que os hace apreciar su incomparable valor y soberano poder, está lejos de encastillaros en una orgullosa apariencia de insensibilidad que no tendría nada de común con la filial conformidad con la voluntad del Padre divino. Esta conformidad no cierra los labios ni el corazón a la oración, pero le da el perfume del incienso, que el fuego hace subir hasta el trono de Dios.

Plegaria del Papa por los enfermos

»Sí, oh Jesús; que nuestra oración, unida a los dolores de tu Santísima Madre, lleve consigo también la de cuantos sufren en su propia carne o en la carne de aquellos que aman más que su propia vida. Vuelve tu mirada hacia aquel pobre padre de familia, reducido por la enfermedad a la inacción, que ya no puede alimentar con el sudor de su frente ni educar a su hijos todavía pequeños. Vuélvela hacia aquella madre, que, agotada de fuerzas, debe dejar en el abandono su hogar, que ella ordenaba y dirigía con tanto amor para el bien y el gozo de toda la familia. Vuélvela hacia aquellos jóvenes llenos de ardor y de viriles propósitos que no pedían sino trabajar y entregarse, y que se ven, por el contrario, clavados al lecho del dolor, mientras otros disipan locamente su salud y su juvenil vigor. Vuélvela sobre aquellos adolescentes que se abrían a la vida y avanzaban sonrientes hacia un porvenir rico en promesas. Vuélvela sobre aquellos hombres y aquellas mujeres caritativos, providencia visible de los pobres, de los afligidos, de los extraviados, que dejarían tras de sí tan-

tos huérfanos cuantos son los desgraciados a quienes su mano piadosa llegaba.

»Oh, Jesús; escucha nuestra voz como escuchaste la súplica del centurión por su siervo, del régulo por su hijo, de Jairo por su hija moribunda en la flor de la juventud; de la Cananea, cuya fe conmovió tan profundamente tu corazón.

»Pero si en el secreto de tus adorables designios la prueba debiese prolongarse todavía y no ser abreviada sino por la muerte, oh, entonces da a los unos la serenidad de un dulce y santo tránsito, y a los otros, con la resignación filial, el pleno gozo de los frutos sobrenaturales del Jubileo, la consolación suprema de cumplir, en la invalidez de sus miembros, más aún, por la misma invalidez de sus miembros, la elevada y salvadora misión que les ha sido encomendada. Da a aquellos que lloran junto a su cabecera la fuerza de animarlos con su presencia y de unir sus angustias al dolor de tu purísima Madre, erguida al pie de tu cruz.

»Y ahora, en prenda de más abundantes consolaciones divinas, descienda sobre todos, con la efusión de nuestro corazón, la bendición apostólica.»

Cristo Rey en las Sagradas Escrituras

ILUSTRACION DE LOS PASAJES BIBLICOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO
ADUCIDOS EN LA ENCICLICA «QUAS PRIMAS»

CONTINUACIÓN (1)

ISAÍAS 9, 6-7

Desde los esplendores del reinado de Salomón han transcurrido dos siglos. Muchas cosas han cambiado en el pueblo de Dios; lo que no ha cambiado es su proceder para con el Señor. Aquella historia de Israel desde la salida de Egipto hasta David, que los Salmos 77 y 105 presentan, en bellísimo compendio, como un contraste permanente entre los beneficios de Yahvé y las ingraticudes de Israel, como una sucesión ininterrumpida de beneficios, pecados, castigo, arrepentimiento y perdón, se repite con la monarquía y su desfilar casi continuo de reyes indignos e impíos.

En este ambiente de infidelidades, Dios castiga a su pueblo, porque es justo y santo. Pero al cabo siempre perdona, porque es misericordioso y fiel a su palabra: a la promesa que hiciera, allá por el siglo XVIII o XIX antes de Cristo, a Abraham, de hacerle padre del pueblo escogido y progenitor del Mesías; a la promesa hecha a David, de que su trono sería estable por la eternidad (cf. 2 Sam. 7, 12-16).

Nadie acaso en el A. T. percibió tan claramente esta perfecta armonía entre la justicia de Dios y su misericordia como el profeta Isaías. Dióse cuenta de ella muchas veces en el transcurso de su larga vida y en el ejercicio de su dura misión —predicar a un pueblo empeñado en hacerse sordo a las llamadas de la gracia—; una de tantas, manifiesta y patente, a raíz de la guerra siroefraimita contra el reino de Judá (735 a. Chr.).

Los reyes de Damasco y de Samaria, irritados contra Ajaz, porque se niega a tomar parte en su coalición contra el pujante y amenazador imperio asirio de Ninive, le declaran la guerra y, a poco tardar, avanzan triunfantes hacia Jerusalén. El pánico reina en la capital y quizá más

todavía en el corazón del impío rey. Éste no piensa más que en socorros humanos y, en lugar de acudir al Todopoderoso e invocar al Señor de los ejércitos, decide llamar en su auxilio a los asirios, al ambicioso Tiglatpilésér III. Para infundirle ánimos y hacerle desistir de un paso que ha de traer a la larga consecuencias fatales, Dios le envía a su profeta Isaías con la orden de anunciarle el fracaso absoluto que espera a la malhadada coalición. Y por si no bastara el anuncio, ofrece una señal o milagro, a elección del propio monarca, que éste, escéptico e hipócrita, rechaza. Mas la señal vendrá y será nada menos que el nacimiento virginal del Mesías.

Sí, dirá Isaías en repetidas ocasiones, Dios mantendrá su palabra: Efraim será castigado y Judá, de momento, librado. Pero se pagará cara la incredulidad; se pagará con la destrucción de la tierra por medio de los mismos asirios, a quienes el rey llamara en su auxilio. Bien lo recordará el profeta a su pueblo años después, destruido ya el reino de Samaria (721), en la inminencia de la invasión de Senaquerib (701). Pero éste, si asoló el país, instrumento de la justicia divina —añadirá el profeta—, a la postre verá castigada su arrogancia ante las murallas de Jerusalén.

Estos discursos de Isaías se encuentran en los capítulos VII-XII, formando un conjunto llamado con razón el *libro del Emmanuel*, porque tiene por centro y lazo de unión el anuncio del Mesías, llamado aquí Emmanuel = Dios con nosotros. El profeta, ante la negrura de las dos invasiones, predice el desastre final de los enemigos, no por merecimientos del pueblo, sino por consideración al futuro Mesías, que ha de nacer de la casa de David y realizar en sí las promesas que Dios hiciera al rey profeta. Es el Mesías, por consiguiente, y sólo él, el Salvador verdadero del pueblo de Dios. Y así lo contempla y describe Isaías, como si lo tuviera presente, en tres ocasiones

(1) Véase CRISTIANDAD, núm. 134-155, págs. 436-439.

PLURA UT UNUM

distintas: 7, 14-16; 9, 6-7; 11, 1-9. Detengámonos ahora en la segunda, porque se refiere directamente a la realeza del Emmanuel.

La invasión de los asirios, llamados por Ajaz, causó sus primeros estragos en las regiones colindantes con el lago de Genezaret. Pues bien, por allí empezará la salvación definitiva de los israelitas que quieran aprovecharla (9, 1):

¹ Como al principio cubrió de oprobio a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí, a lo último llenará de gloria el camino del mar (*) y la otra ribera del Jordán, la Galilea de las Gentes (**).

² El pueblo que andaba en tinieblas,
vió una luz grande;
sobre los que habitaban en la tierra de sombras de muerte
resplandeció una luz brillante.

Es la luz que el divino Maestro difundió por aquellas regiones con su predicación evangélica, desde que fijó su morada en Cafarnaúm (cf. Mt. 4, 4-16).

Por esto Israel triunfará de sus enemigos (vv. 3-5), porque no puede perecer un pueblo, del cual nacerá el Mesías para establecer su reino perdurable. Isaías, en visión profética, ve el nacimiento del Mesías; saltando por encima de la perspectiva de los tiempos, lo contempla presente y no puede menos de ofrecer su anuncio, a cuantos le escuchan atribulados, como nueva prenda de la derrota del invasor:

⁶ Pues nos ha nacido un niño,
nos ha sido dado un hijo,
que tiene sobre su hombro el principado,
y que se llamará:
Maravilloso consejero, Dios fuerte.
Padre sempiterno, Príncipe de la paz.

Es el mismo niño, de quien se dijo en el cap. 7, 14 que sería concebido y nacería de una Virgen; venido al mundo para salvación de los hombres; que lleva sobre sus hombros las insignias de la dignidad regia, que le compete por derecho natural, pues nace rey y heredero de reyes (cf. 2 Sam. 7, 12).

El pequeño aquel no es un niño cualquiera. Su naturaleza está tan por encima de lo puramente humano, que Isaías no encuentra palabras con que describirla. Trata de explicarla con cuatro epítetos, que ayuden a dar una idea aproximada de su dignidad suma, considerada en sí misma y en relación con los hombres: 1.º, dotado de la sabiduría más profunda, poseerá el don de consejo (11, 2) —*maravilloso consejero*—, para poder indicar a los hombres, sus súbditos, el mejor camino a seguir en todas las circunstancias de la vida; 2.º, ni es ello de maravillar, pues, aunque hombre verdadero, ya que nacerá de mujer (7, 14), es a la vez verdadero Dios: *Dios fuerte*, como le llama el profeta, en frase que el A. T. aplica solamente a Yahvé y nunca jamás a criatura alguna por sublime que sea; 3.º, pero Dios-hombre, para el servicio —digámoslo así— de los hombres, a quienes tratará siempre con el afecto de padre amoroso —*Padre sempiterno*— para con hijos muy queridos; 4.º, a quienes, *Príncipe de la paz*, ha de proporcionar la paz, ese don tan anhelado por la humanidad.

De ahí la grandeza de su misión: hacer universal en el tiempo y en el espacio el primitivo reino de David; extenderlo por doquiera y consolidarlo, no con la fuerza de las guerras o la imposición de las armas, sino por el derecho y la justicia: cosa inaudita en los reinos de la tierra, pero realidad consoladora en el reino espiritual que es la Iglesia Católica fundada por Cristo:

(*) La *vía maris* de los romanos, antiguísima, que comunicaba Egipto con Damasco, y pasaba por las regiones que nos ocupan.

(**) El primitivo territorio de las tribus de Zabulón, Neftalí y Aser, en el cual moraban muchos paganos.

⁷ para dilatar el imperio y para una paz ilimitada
sobre el trono de David y sobre su reino,
para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia,
desde ahora para siempre jamás.

JEREMÍAS 23, 5

Ha transcurrido un siglo, más o menos, a partir de los acontecimientos mencionados de la vida de Isaías. Estamos en el año 628. Por estas fechas, Jeremías empieza su misión: misión aceptada contra voluntad y que cumplió, no obstante, fidelísimamente; y en cuyo desempeño él, de carácter sencillo y más bien tímido, sufrió muchísimo, pues le cupo en suerte anunciar a su propio pueblo, al cual amaba entrañablemente, la ruina ya inevitable.

En efecto, con el año 598 empieza el derrumbamiento de la nación: Nabucodonosor asedia y conquista Jerusalén y se lleva cautivos al rey con unas diez mil personas de pro: es la primera deportación a Babilonia.

En lugar del infeliz Joaquín, rey por tres meses, el vencedor coloca sobre el trono de Judá al tío de aquél, Matatías, cuyo nombre sustituye por el de Sedecías. Con el nuevo monarca, se nota un cambio notable de tono y actitud en las profecías de Jeremías pertenecientes a este período. El profeta no se lamenta más de su misión, se «rinde» al Señor, se entrega por completo en manos de la providencia. En adelante, sus esfuerzos se dirigen a evitar la catástrofe total, a garantizar la existencia del pueblo en condiciones tolerables.

Jeremías sabe que los culpables principales de la situación fueron reyes como Joacaz, Joaquín y Joaquín, con sus colaboradores y consejeros: todos ellos fueron cual pastores que abandonan la grey que tienen confiada. En su afán de prevenir a Sedecías, le advierte, refiriéndose a sus predecesores inmediatos:

¹ ¡Ay de los pastores que dispersan y destrozan el rebaño de mi pastizal! Palabra de Yahvé. ² Por eso, así dice Yahvé, Dios de Israel, de los pastores que apacientan a mi pueblo: Vosotros habéis dispersado mi grey, la habéis descarriado y no habéis cuidado de ella; yo me cuidaré de pedirlos cuenta de vuestra conducta, palabra de Yahvé.

Desgraciadamente Sedecías hará caso omiso de las advertencias del profeta, se alzarán en rebeldía contra el dominio babilónico y atraerá sobre su pueblo la segunda deportación (587); a la que seguirá pronto la tercera y última, consecuencia del asesinato de Godolías (586).

No se pudo evitar que se consumara hasta el fin la palabra del Señor. Mas entre tamañas penas y amarguras, un consuelo: la certeza de la restauración, del retorno:

³ Yo mismo reuniré los restos de mis ovejas, de todas las tierras en que las he dispersado, y las volveré a sus prados, y crecerán y se multiplicarán.

Gozo acrecentado, porque los nuevos dirigentes del pueblo serán dignos de Dios, escogidos por él mismo, amantes del pueblo:

⁴ Y les daré pastores que de verdad las apacienten, y ya no habrán de temer más, ni angustiarse ni afligirse, palabra de Yahvé.

La profecía se cumplió bien, a la vuelta del destierro, en varones como Zorobabel, Esdras, Nehemías... Pero es muy fácil que el profeta vislumbrara en lontananza, con íntimo regocijo, otros pastores con misión más elevada, los apóstoles, destinados a llevar a cuantos quisieran creer la redención del Mesías; a ser los voceros y ministros de aquel vástago de la prosapia davídica, que ya Isaías anunciara (11, 1), heredero de las promesas hechas al rey salmista, pastor justo, tan diverso del último rey anteexílico Sedecías = mi justicia es Yahvé, que los súbditos de su reino podrían llamarle simbólicamente «Yahvé Zidquedenu» = Yahvé, nuestra justicia; y con razón, porque hará

e impondrá por doquiera paz y justicia, dos caracteres esenciales del reino mesiánico:

⁵ **He aquí que vienen días, palabra de Yahvé,
en que yo suscitaré a David un vástago de justicia,
que como verdadero rey, reinará prudentemente
y hará derecho y justicia en la tierra.**

⁶ **En sus días será salvado Judá
e Israel habitará en paz,
y el nombre con que le llamarán será éste:
«Yahvé, nuestra justicia».**

DANIEL 2, 44, y 7, 13-14

Mas este reino de justicia y de paz no vendrá en seguida; antes deben preceder la tribulación y la prueba, que purifiquen los pecados de Israel y den pie asimismo a modificar concepciones harto materialistas sobre el reinado del Mesías.

Los israelitas en el destierro se enfrentan con un duro problema. Han sido vencidos y esto, en la concepción pagana, equivale a la derrota de su Dios o por lo menos a la inferioridad de Yahvé frente a los dioses del pueblo vencedor. ¡Cuántas veces no se lo echarían en cara los babilonios al verlos, aun en el cautiverio, aferrados a sus creencias! Decíanse: «¿Dónde está su Dios?»; y lo repetían a los pobres infelices con desprecio e ironía.

Pasadas las primeras angustias y desesperos, la respuesta no se hizo esperar: «Nuestro Dios está en el cielo; ha hecho todo cuanto quiere» (cf. Ps. 113 B, 2-3): lo hizo en el pasado, y lo hará siempre.

Dios, que prueba, pero tiende su mano al pecador arrepenido, llevó a los exilados el consuelo de la seguridad en el triunfo definitivo, por medio de uno de los mismos desterrados, Daniel; y brindó a su nuevo profeta, o hizo que escogiera, aquellas imágenes y medios de expresión más aptos para conmover a los oyentes del destierro.

Tras dos milenios y medio de yacer sepultadas entre ruinas, las excavaciones han sacado a luz infinidad de estatuas de la antigua Babilonia. No cabe duda que aquel arte perfecto entraría por los ojos a los israelitas, cuya religión prohibía toda representación escultórica de Dios: eran una fuerte tentación, para un pueblo craso, aquellos dioses tan hermosos y perceptibles por los sentidos.

Pero eran dioses inanimados, que nada valían, que nada podrían contra el poder del Altísimo; y con ellos, ni los reyes ni los imperios que los servían.

Una noche, Nabucodonosor sueña que tiene ante sí una estatua muy grande, con la cabeza de oro puro, pecho y brazos de plata, vientre y caderas de bronce, piernas de hierro y los pies, a medias, de hierro y barro. De pie estaba la estatua, hasta que una piedra desprendida, no lanzada por mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destrozándola. Olvidó el sueño, y por más que amenaza con la muerte a los magos del reino, ninguno es capaz de restituir la visión y menos interpretarla.

Entonces surge Daniel y, tras la oración, sabe cuanto Nabucodonosor ha visto y lo que significa. Incluyendo el imperio del propio Nabucodonosor, se van a suceder en la historia del mundo cuatro grandes reinos o imperios: el caldeo, el medopersa, el griego y el romano —así interpretan la mayoría de santos Padres—: todos cuatro condenados a desaparecer, porque

2, ¹¹ **el Dios de los cielos suscitará un reino que no será destruido jamás y que no pasará a poder de otro pueblo; destruirá y desmenuzará a todos esos reinos, mas él permanecerá por siempre.**

Cuentan las Escrituras que Nabucodonosor (sin convertirse) reconoció la grandeza del Dios de Israel. Más se llenarían de gozosa esperanza los buenos israelitas.

Unos años después, en el primero de Baltasar, la idea de cuatro reinos vencidos por el reino mesiánico es ma-

nifestada nuevamente a Daniel. Mas ahora las figuras de la visión son otras: cuatro animales, cuatro monstruos simbolizan los cuatro reinos. Diríase que, aprovechando el simbolismo, se pretende, además, despreciar los monstruos divinizados de la antigüedad pagana.

Daniel ve surgir del mar grande del mundo cuatro monstruos = cuatro reinos, expresión típica de cosa indomable y hostil. Los monstruos son como un león con alas de águila, un oso, un leopardo con cuatro cabezas y una cuarta bestia terrible, espantosa, con diez cuernos. Los reinos simbolizados, los mismos de antes, enemigos acérrimos del Altísimo.

Dios Eterno los va a juzgar. La visión es magnífica. El Señor, en figura de anciano venerable, juez de las naciones, sentado en su trono, con toda su gloria y rodeado de las milicias angélicas, se dispone a ejercer el juicio sobre los imperios: los cuatro reinos desaparecerán, para dejar paso al reino de los santos del Altísimo, reino universal en el espacio y en el tiempo, cuyo gobierno es otorgado por Dios Padre al Hijo del hombre, al Mesías, a quien Daniel ve venir en las nubes del cielo. Se trata del reino establecido por Jesucristo, con su Iglesia, sobre la tierra; pero que tendrá su culminación definitiva y eterna el día en que la humanidad entera verá al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios y venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad grande (cf. Mt. 24, 30; 26, 64):

7, ¹³ **Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fué presentado a éste. ¹⁴ Fuéle dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá.**

ZACARÍAS 9, 9

A primera vista, la visión del gran Rey que presenta Daniel y que es el Mesías, debería encoger los corazones, aun los más osados. Y así es y será para todos los enemigos; mas no para los súbditos fieles del reino de Cristo.

Bien lo entendió Zacarías, el profeta que con Ageo profetizó, hacia el año 520, entre los israelitas que aprovecharon el decreto de Ciro para regresar a Judea y entregarse a la restauración del culto y del templo. No faltaron en aquellas circunstancias enemigos: todos los pueblos vecinos. Mas qué importaba, si al fin serían castigados por el rey; por aquel mismo rey, dulce y humilde para con los suyos, causa de renovada alegría para su pueblo:

⁹ **Alégrate con alegría grande, hija de Sion;
salta de júbilo, hija de Jerusalén.
Mira que viene a ti tu rey;
es justo y salvador,
humilde y montado en un asno,
en un pollino hijo de asna.**

Es muy fácil que los jerosolimitanos que aclamaron a Jesús el «domingo de los ramos», no se dieran cuenta de que se estaba cumpliendo entonces la profecía de Zacarías (cf. Mt. 21, 4-5); ciertamente no advirtieron que asistían a la instauración del reino prometido a los patriarcas y reyes de Israel y vaticinado por los profetas: el reino que el Mesías establecería sobre toda la faz de la tierra, sin armas, por medios pacíficos, por ser reino de reconciliación y de paz entre Dios y los hombres:

¹⁰ **Extirpará los carros de guerra de Efraím
y los caballos en Jerusalén,
y será roto el arco de guerra,
y promulgará a las gentes la paz,
y será de mar a mar su señorío,
y desde el río hasta los confines de la tierra.**

Pablo Termes Ros, Pbro.



La santificación por la oración y la penitencia

(Intención del Apostolado de la Oración
para el mes de enero de 1950)

Concepto de la santificación. — La gloria de Dios en la salvación de las almas es el fin de toda la Iglesia Militante, gloria de Dios que se manifiesta sobre todo por la santificación de aquéllas. Mas, la santificación nace de la unión con Dios y de la infusión de la gracia santificante, de las virtudes sobrenaturales y de los dones del Espíritu Santo, con los cuales el hombre en verdad se renueva internamente, es admitido a la condición de Hijo de Dios y se hace heredero de la vida eterna y participante de la naturaleza divina.

Aunque nada de lo que conduce a la justificación la merezca, sino que todo se obra y descansa en los méritos de nuestro Señor Jesucristo, puede y debe no obstante el adulto disponerse para la justificación con actos sobrenaturales, asintiendo y cooperando libremente a la gracia excitante y adyuvante, que puede rechazar, a cuya disposición corresponde el grado de justificación y santidad que le sigue. Y una vez la ha alcanzado, puede el hombre crecer en santidad con el aumento de gracia que se obtiene sobre todo mediante la recepción de los sacramentos y las buenas obras, entre las cuales sobresalen la oración y la penitencia, la observancia de los mandamientos y la imitación de Cristo, que es maestro y ejemplar de toda santidad.

Para aumentar su grado de santificación debe el justo tender al ejercicio heroico de las virtudes, con la lucha contra la carne, el mundo y el demonio, y la positiva resistencia a las tentaciones diabólicas, junto con el predominio de la caridad para con Dios y con el prójimo, las obras de misericordia corporales y espirituales, y el apostolado.

Son medios excelentísimos para dicha santificación: la oración y la penitencia.

La Oración. — La oración puede ser privada o pública, cuya división no se toma del lugar donde se ore, como ocurriría si fuese pública la que se hace públicamente y privada la que se reza en privado, sino del cargo que desempeña el que ora, de tal manera que es oración pública la que se hace por el público ministro de la Iglesia y del modo prescrito por la Iglesia para la salvación del pueblo. Entre las oraciones estrictamente públicas figura en primer lugar el *oficio divino*, que rezan no sólo los clérigos, sino también algunos monasterios de religiosos, dedicados como oficialmente por la Iglesia a este ministerio, la importancia del cual salta a la vista si se atiende a la precisión de recurrir a las necesidades de la Iglesia y del pueblo cristiano, que no puede, por sus ocupaciones, dedicarse bastante a la oración. Extraordinario es el valor que tiene esta oración pública (cf. A.A.S., 1926, 79).

La oración es mental y vocal; es oración mental la interna conversación de la mente con Dios; y vocal la que se exterioriza con palabras; la oración mental difiere de la meditación y la contemplación. Estas al excitar la devoción, son causa de la oración mental y vocal.

Divídese la oración en obsecraciones, oraciones, peticiones y acciones de gracias (I Tim. 2, 1). Pues, como expone Santo Tomás, para la oración se requieren necesariamente tres cosas; primero, la elevación de la mente a Dios; que es lo que se designa por excelencia con el nombre de oración. Segundo, la petición, a la que se da el nombre de postulación o súplica, o insinuación, según el diverso modo de pedir. Tercero, la razón de alcanzar lo que se pide; que si se considera de parte de Dios, da lugar a la obsecración, que es cierta deprecación interponiendo algo sagrado, como cuando pedimos, por ejemplo: por tu Natividad, líbranos Señor; pero si la razón de impetrar se toma de parte del que pide se da la acción de gracias, puesto que quien da gracias obtiene nuevos beneficios.

Además, para obtener las gracias necesarias (que allanan el camino para la justificación y la santificación), no existe otro medio más fácilmente asequible para cuantos caminan por las vías de esta corta vida, sean justos o pecadores, fieles o infieles, que la oración. Por esto el Sumo Pontífice León XIII exhortaba a los ingleses, no sólo católicos sino también herejes, a que, para conseguir la unidad de la fe, acudiesen sobre todo a la oración. (Actas de León XIII, VI. 36 ss.) Porque la oración es para los adultos el medio común y ordinario de alcanzar la justificación. (Schiffini, De gratia n. 315).

Y no sólo por uno mismo se puede orar, sino también por todas y cada una de las criaturas capaces de la gloria eterna; lo que se prueba por el dogma de la comunión de los Santos. Pues la dignidad y operación de uno sólo de los miembros redundan de alguna manera en bien del otro miembro. Y, por tanto, si una persona orando obtiene mayor disposición para recibir gracias, esa mayor disposición beneficia de algún modo a los demás hombres, con él unidos (cf. Prümmer, Manual de Teol. Mor., I, N. 340). Y así se entiende el motivo por el cual la Escritura recomienda siempre con empeño esta oración por los demás (I. Tim. 2, 1; Ef. 6, 14-19, etc.).

Mas las cosas que se puedan pedir de Dios, nos las enseñó Jesucristo en la oración dominical, a saber: debe pedirse sobre todo la glorificación de Dios, después la felicidad de los hombres y las gracias necesarias para ello (santificado sea el tu nombre... Venga a nos el tu Reino); pero, como Dios no quiere hacerlo todo por sí, sino que pide la cooperación del hombre, por ello debe pedirse en tercer lugar esta cooperación: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. A condición, por último, de que sean verdaderamente necesarios y útiles, pueden pedirse los bienes temporales (El pan nuestro de cada día dánosle hoy). Y se ruega finalmente a Dios que nos libre del mal moral, o del pecado cometido, y nos preserve en lo futuro.

Siendo indiscutible que la eficacia de la oración descansa en las divinas promesas, de tal suerte que estamos ciertos que Dios escuchará las súplicas que reúnan las debidas condiciones, nada más útil que la oración asidua (cf. S. Alfonso, Del gran mazzo della preghiera p. I, c. I). Mas cuatro son las condiciones que enumera Santo Tomás para impetrar la gracia infaliblemente, esto es: que el que ora pida «con piedad, perseverancia, para sí y cosas necesarias para la salvación» (2, 2, q. 83, a. 15).

El Sumo Pontífice Pío XII llama con ahínco a todos los fieles, para el presente año 1950 del Sagrado Jubileo, a esta íntima conversación con Dios, que es la raíz de la verdadera alegría y paz y de todos los demás bienes.

La Penitencia. — Pero no sólo por la oración se une el alma con Dios y se santifica, sino también por la penitencia, pues habiendo venido a menoscabo por el pecado de Adán toda su descendencia, el hombre nace sujeto a la potestad del demonio, con la inteligencia obscurecida, el libre arbitrio atenuado y con aguijón de pecado. De ahí que caiga en muchos pecados; y aun cuando Cristo con su pasión satisfizo por todos los hombres o por los pecados de todo el mundo, con satisfacción infinita y sobreabundante, el hombre no se justifica formalmente por la justicia del mismo Cristo, sino que debe internamente ser renovado por la gracia santificante. Dios en verdad la concede por el bautismo a los niños y adultos, pero se debe reparar cuando se pierde por cualquier pecado mortal; lo cual se obtiene por la virtud y sacramento de la penitencia o por el firme propósito de acudir a él. Por eso, la penitencia es necesaria para la salvación. La virtud de la penitencia es el dolor del alma y la detestación del pecado cometido con el propósito de no volver a pecar, concebido por motivo sobrenatural (Trid. sess. XIV).

El alma que se arrepiente mucho de sus pecados con el dolor de atrición, se dispone ya para la gracia; y si le pesa con dolor de contrición, o sea por motivo de caridad con el propósito de acudir al sacramento, se justifica inmediatamente; y si está ya en gracia, crece en santidad, obteniendo también una mayor remisión de las penas temporales. Consíguese esto perfectamente por obra de la reparación santificadora, es decir, por las buenas obras, en particular la oración, el ayuno, la limosna, que toman su fuerza de los méritos de Cristo, y acrecen el mérito de condigno *ex opere operantis*.

P. ARNALDO LANZ.

La Paz y el Año Santo

Por más que se quiera disimularlo, la obsesión punzadora de la guerra trae sin cesar inquietos a los hombres. La fantasía de los armamentos de última hora, con los siniestros rumores de la posesión de ese destructor invento que se llama la bomba atómica, recorre amenazante las naciones. El porvenir oprime las mentes como una pesadilla; y las madres, al apretar a sus hijos contra su seno, preguntan a sus maridos, penetradas de pavor: «¡Qué horrores verán, si viven, estos pequeñuelos inocentes!» Aumenta esas inquietudes y esos pavores la nunca imaginada rapidez con que vuelan, no ya de un país a otro, sino de un continente a otro continente, las noticias y las fantasías. El mundo es ya un pueblo, donde todo se sabe y se comenta. Y nadie ignora que el miedo es contagioso.

Más aún: millares y millares, cuando no millones, de seres humanos continúan sintiendo terriblemente los efectos de la guerra. Gentes deportadas en masa, campos de concentración, naciones ocupadas por el enemigo, hambres y miserias; y todo eso sin contar el sedimento de humanos dolores, físicos y morales, con que la guerra ha ensombrecido la vida de innumerables viviendas.

Y, como producto final de tal número de factores de desolación, esa guerra de nervios que lo ha invadido todo, y que por doquiera desequilibra los organismos y destempla los espíritus.

En medio de esta perturbación, cree uno escuchar la voz de aquel Profeta de Israel que, a vista del fracaso de cuantos anhelaban la paz, y de la realidad tristísima de la guerra, gritaba con acento de elegía desesperada: «Desde el menor hasta el mayor pretenden curar el desastre de mi pueblo, livianamente diciendo: paz, paz. ¡Cuando no existe paz! (1).

Hija del cielo es la paz. Allí habremos de ir a buscarla. Que no parece sino que se haya desterrado de este mundo en convulsión, e idose a su patria, o refugiándose, si se quiere y hecho la morada de su descanso, en las almas de los justos, que son otros cielos en la tierra.

Por la nostalgia de esa paz, la Cristiandad ha recibido, con el pecho abierto a la esperanza, el anuncio del Año Santo, que trae en sus alas, junto con las aspiraciones del Sumo Pontífice, un no sé qué de presentimientos de que se avecina, tras una Cruzada de oraciones y penitencias, la hora de la Bondad pacificadora de Dios. Y por eso a las almas les suena muy bien ahora cuanto les hable de la belleza y de los bienes de la paz.

Oportuno resultará dar comienzo al estudio de este artículo exhumando una página encantadora con que preludia nuestro gran escritor y poeta bíblico, Fray Luis de León, uno de sus no superados estudios sobre los Nombres de Cristo, *Príncipe de la paz*. Hace allí levantar los ojos al cielo a uno de los interlocutores en la hora en que, cerrada la noche de un día de estío, el firmamento se mostraba tachonado de estrellas. Y tras los ojos se le fué el corazón y se le encendió el deseo, y la mano, temblando de emoción, dejó caer estas palabras, que trascienden a cielo:

«Cuando la razón no lo demostrara, ni por otro camino se pudiera entender cuán amable cosa sea la paz, esta vista hermosa del cielo que se nos descubre ahora, y el concierto que tienen entre sí estos resplandores que lucen en él, nos dan de ello suficiente testimonio. Porque, ¿qué otra cosa es sino paz, o ciertamente una imagen perfecta

de paz, esto que ahora vemos en el cielo y que con tanto deleite se nos viene a los ojos? Que si la paz es, como San Agustín breve y verdaderamente concluye, un orden sossegado o un tener sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden, eso mismo es lo que nos descubre ahora esta imagen. Adonde el ejército de las estrellas, puesto como en ordenanza y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto; adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina ni la turba en su oficio, ni menos olvidada del suyo, rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia; antes, como hermandadas todas y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas a otras, y todas juntas templan a veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas a una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera.»

Si esta página la poseyesen las literaturas extranjeras, ¡cómo la hubieran hecho valer en estos años de las post-guerra, para cantar y difundir la hermosura de la paz! Entre nosotros se guarda casi escondida en ediciones para las clases, si es que cumplen su fin pedagógico. Género es de piedad para con nuestra Patria sacarla a la luz y deleitar con ella a los que aun perciben y gustan la poesía serena y aquietadora del alma.

Pintadas las claridades y ordenada disposición de las estrellas del firmamento —mirada flechada hacia lo alto—, baja el escritor a los fondos del alma, donde con sus ojos buceando descubre los maravillosos efectos causados allí por la contemplación de la celeste paz. Y continúa:

«Y si así se puede decir, no sólo con un dechado de paz clarísimo y bello, sino un pregón y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes bienes son los que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregón sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace se ve y entiende bien la eficacia suya y lo mucho que las persuade. Porque luego, como convencidas de cuánto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas a pacificar en sí mismas y a poner a cada una de sus partes en orden.»

«Porque, si estamos atentos a lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego, y veremos que con sólo tener los ojos enclavados en él con atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las afecciones turbadas que confusamente movían ruido en nuestros pechos de día, se van aquietando poco a poco; y, como adormeciéndose, se reposan tomando cada una su asiento, y reduciéndose a su lugar propio, se ponen sin sentir en sujeción y concierto. Y veremos que, así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razón, se levanta y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte y huella sobre ello. Y así, puesta ella en su trono como emperatriz y reducidas a sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico.»

«Mas, ¿qué digo de nosotros que tenemos razón? Esto insensible y esto rudo del mundo, los elementos, y la tie-

(1) Jer. VIII, 10-11

PLURA UT UNUM

rra, y el aire, y los brutos se ponen todos en orden y se aquietan, luego que poniéndose el sol se les representa este ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen ahora todas las cosas, y cómo parece que mirándose en este espejo bellissimo se componen todas ellas y hacen paz entre sí, vueltas a sus lugares y oficios, y contentas con ellos?»

Ha sentido el poeta y hasta oído el silencio sosegado de las cosas terrenas, que responde al sosegado silencio de los cielos.

¡Qué bien hacen en los atormentados espíritus de hoy día estas lecturas calmantes, que actuando como un sedante medicinal, devuelven por un rato el sosiego a la mente y al corazón! A fe que no son los autores tumultuosos, contagiados de esa dolencia crónica de hoy que llaman inquietud, quienes cumplen hoy mejor con la misión de educadores. Sobrada inquietud aqueja a las almas para que se les den excitantes a grandes dosis.

Supuesta, pues, esta ansia universal de paz que hoy más que nunca se deja sentir en el mundo con imperioso apremio —nunca se echa de menos tanto la salud como cuando se ha perdido—, natural es que se vuelvan los hombres a todas partes en busca de medios eficaces para restablecer y estabilizar la tan ansiada paz. El acertado pensamiento de León, de alzar los ojos al cielo para que de allí se nos influya la paz, sirve a maravilla de símbolo en estos años de inquietante zozobra. De influencias más altas que las humanas, de las influencias soberanas de la Religión, es de donde hay que esperar el advenimiento de la paz a la tierra conturbada.

Tras múltiples y afanosas tentativas de hombres de ciencia, de diplomacia y de gobierno, y entre esos marea-dores cruces de hondas con las que las emisoras radiofónicas lanzan a los cuatro vientos anuncios de reuniones y conferencias *pro pace*, se ha elevado este año una voz augusta, pero angustiada; serena, pero portadora de las agonías de la humanidad. Esa voz es la del Vicario de Dios en la tierra, que, en nombre de Jesucristo, ha dicho al mundo lo que nadie ha sido osado a decir: «*Pacem meam do vobis.*» Yo os doy, os ofrezco, si la queréis recibir, mi paz; la paz que el mundo no puede dar.

Nadie, digo, ha presumido tanto que se haya proclamado a sí mismo, a la faz de los pueblos, portador y aun productor de la paz: la paz mía, la paz que en mí reside, que de mí procede y que yo puedo crear. Manifiesta cosa es que al hablar de la paz el Pontífice con tan asombrosa conciencia de ese su poder, no habla como hombre, sino en nombre y como representante del que fué anunciado por sus heraldos proféticos *Príncipe de la paz* (2).

Cristo, al decir en su última plática familiar a sus Apóstoles, y en ellos a toda la Iglesia, pero señaladamente a la futura Iglesia docente, que les dejaba, como en manda, su paz (3), testificó, con aquella sencilla solemnidad tan suya, que el tesoro de su paz, encerrado en su ley evangélica y en sus Sacramentos, se lo confiaba a quienes el Espíritu Santo pondría por Obispos para pastorear la Iglesia de Dios (4), y, sobre todo, a aquel que había sido constituido guardián y dueño de las llaves de su reino espiritual (5), como inmediato representante suyo. Con todo derecho, pues, se atribuye el Papa, a sí mismo, como a dispensador supremo de los poderes divinos, la aptitud y facultad de ofrendar al mundo esa paz que de la fuente sobrenatural, cuyo custodio es, fluye abundosa, a disposición de cuantos se acerquen a beberla. Cabalmente, por esta razón, la paz de Dios, capaz de pacificar a todos los hombres, la que sobrepuja toda inteligencia (6), no puede

darla el mundo, porque, lejos de poseer su secreto, lleva en sí los gérmenes patógenos que la inficionan.

Ahora bien: el Vicario de Cristo, nuestro Santísimo Padre Pío XII, después de haber prodigado con entrañas paternas todos los medios que estaban a su alcance para devolver la paz a esta sociedad desquiciada, acaba de franquear las riquezas de sus poderes espirituales con la indicción del Año Santo. Se ha propuesto con ello atraer y animar a los hombres para que acudan a la Religión en demanda de paz, reconciliándose con Dios, condición previa indispensable para su interna pacificación, raíz de la externa. Así, al recurrir a uno como supremo esfuerzo, tocando los resortes de los más triunfadores medios sobrenaturales de la oración y de la penitencia, ha querido que en el Año Santo culminase toda su no interrumpida actividad en pro de la pacificación universal.

Muy de notar es que en la Bula *Iubilaem maximum* señala el Papa la vuelta jubilosa de la paz como fruto precioso de las súplicas y actos expiatorios de todo este año, del retorno a la fidelidad debida al divino Redentor y a la Iglesia por Él fundada, del cese de las hostilidades contra esa misma Iglesia, de la entrada de los disidentes y de los infieles en la casa paterna de Cristo, y de la destrucción de los odios y discordias entre las distintas clases sociales. *Redeat tandem aliquando optatissima pax.* Vuelva ya de una vez la paz deseadisima a las almas de todos, a las familias, a todas y cada una de las Naciones, y a toda la gran sociedad de los hombres.

Reconózcase honradamente que nadie en el mundo suspira por la paz con tan vehementes anhelos como el Papa. Pidiendo los hombres al Padre de la gloria les conceda espíritu de sabiduría y de revelación, y ojos del corazón iluminados (7); caigan en la cuenta de la eficacia sobrehumana de este remedio contra la guerra que el Papa nos otorga con el Año Santo.

No es para disimulada aquí una duda o dificultad que se ocurrirá a muchos, mayormente a quienes tengan por su desgracia oscurecidos o enturbiados los ojos de su alma para no ver claro en la atmósfera de lo sobrenatural. ¿Qué proporción puede haber entre la paz mundial y el Año Santo? ¿Qué extraña y no inteligible eficacia puede encerrar, poniéndonos, dicen, en la realidad efectiva de las cosas, un conjunto de peregrinaciones a Roma y de prácticas religiosas y penitenciales, y de indulgencias y perdones, para arreglar y componer ese complicadísimo y gigantesco artefacto de relaciones internacionales que ha de dar por resultado la paz?

A esta objeción que, mirada con ojos carnales, se les antojará a no pocos irrefutable, respondió muy cuerda-mente y con un conocimiento profundo, no menos de las realidades mundiales que de las realidades sobrenaturales, uno de los más autorizados conferenciantes que en el año pasado prepararon los ánimos en Roma para el Jubileo del año actual. Monseñor Montini, en la conferencia pronunciada en el Palacio Rúsoli de Roma el 27 de mayo pasado, acometió de frente la citada dificultad; y, singular coincidencia, al desarrollar su solución y llegar a la última parte positiva, cuando se puso a declarar por qué la Iglesia y sola la Iglesia es poderosa para implantar una paz sólida y perenne, vino a dar, en la hondura misma de su argumento, con el filón de verdades profundas que nuestro Fray Luis de León acertó a descubrir con su penetración genial. Discurremos sobre este asunto, inspirándonos en los luminosos puntos de vista que a través de la sobredicha conferencia se descubren.

A primera vista parece, en efecto, que un Año Santo no había de resultar un medio proporcionado para poner remate a un mal tan extendido y arraigado como es la guerra y para neutralizar los ingredientes que van pre-

(2) 1a. IX, 6.
(3) Jo. XV, 27.
(4) Act. XX, 28.
(5) Mt. XVI, 19.
(6) Filip. IV, 7.

(7) Efe. I, 17-18.

parando otra explosión bélica de consecuencias incalculables.

Si a la experiencia de los hechos públicos nos atenemos, habremos de exclamar: cuando, después de tan repelidas y costosas tentativas de todo género; cuando tras esa sucesiva serie de conferencias y reuniones, en que los hombres de mayor poder e influencia mundial han forcejeado por sacar en limpio conclusiones y arbitrios que nos inmunicen contra nuevas catástrofes, el horizonte por donde había de salir radiante la paz aparece oscurecido con tan tenebrosa cerrazón: ¿queda ya para el mundo algún rayo de esperanza? ¿Se habrá de creer, para no disminuir la fuerza de las objeciones, que unas tranquilas y humildes turbas de peregrinos, jóvenes sencillos, mujeres piadosas, campesinos, gente devotamente religiosa, que suben cantando suaves cánticos las gradas de San Pedro; se habrá de creer que ese pequeño mundo, soñador, a lo que piensan los hijos de este siglo, con el lirismo de su fe, y golpeándose contritos el pecho, es el que ha de obrar el prodigio de pacificarnos a todos? ¿Son acaso esos los ejércitos que defienden la paz?

¡Ah! En esas preguntas de tono escéptico se esconde una de las confusiones más comunes y fatales que en el orden del espíritu desvía la visión de tantos y tantos: *el equívoco de la paz*.

Todos, a no dudarlo, apetecen la paz y la buscan. No sería justo desconocer las honradas intenciones que animan a muchos de los hombres de Estado que en estos años laboran solícitos por la paz. Pero una cosa es la buena intención y otra, muy distinta, la visión certera del asunto.

No basta la buena voluntad cuando falta quizá una preparación adecuada para penetrar y abarcar, hasta en sus más sutiles relaciones, una cuestión que está enraizada en un subsuelo donde se entrecruzan corrientes de muy distintas procedencias. Y sabida cosa es que las grandes ideas, generatrices de vastos movimientos humanos, encierran en sí un fondo religioso y teológico. Si de él se prescinde, ¿no nos asistirá el derecho de pronunciar la vulgar frase de que mientras no se subsane tamaño olvido, todo será andarse por las ramas?

Urge, por consiguiente, desdoblarse el equívoco. Y para ello, lo más conducente es preguntarnos: ¿Por qué se quiere la paz? ¿Qué móviles impulsan a una porción inmensa de grupos diferentes de hombres para añorar la paz? Pues por ahí rastrearemos con qué paz sueñan y qué linaje de paz es aquél en cuya busca van.

Hay hombres que buscan la paz porque son pusilánimes; no rehuimos el vocablo propio: porque son miedosos. Incapaces de concebir una paz cuyo logro se desea para que a su sombra prospere la justicia y el derecho; al revés, se contentan, cobardes, con una paz que empiece por comprarse cediendo al derecho del más fuerte, por injusto que sea. ¡No resistir, gritan, no invocar nunca cuestiones de justicia, no defender razones de derecho, aunque así queden atropellados los derechos de los inocentes! En uno de los discursos que precedieron a la entrada de los Estados Unidos en la guerra, Roosevelt denunciaba precisamente con estas palabras la paz que el Reich quería imponer: «Una nación puede tener paz con los racistas sólo al precio de una rendición total.» Patente está lo innoble de una semejante concepción de la paz.

Otros hombres codician, sí, la paz, mas por profesar un escepticismo más o menos total afirman que entonces sobrevendrá la paz cuando no se tengan principios absolutos en ningún orden de la vida: cuando todos demos de mano a las ideas políticas, sociales y religiosas, que son, dicen, las que acarrearán las conflagraciones. Abriguemos la convicción, agregan, de que toda esa balumba de cargas intelectuales no pasan de un inútil conato de intelectualismo humano; y que basta estar convencidos de que una religión es lo mismo que otra, y una filosofía igual a las demás, para vivir de acuerdo con todos, con todos en paz.

Por demás, es perder tiempo el poner de manifiesto lo imposible y absurdo de una teoría que, sobre negar los más elementales postulados metafísicos, se convence por sí misma de radical impotencia para crear la paz. Este concepto de paz, apoyado en la contradicción y en la nada, cae por su base.

Arturo M.^a Cayuela, S. J.

(Continuará)

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: **Omnes sitientes, venite ad aquas!**

Ante la Puerta Santa, por Luis Creus Vidal (págs. 2 y 3).

Hacia una solución radical de los males presentes, por Jaime Bofill (págs. 4 a 6).

El anticomunismo ateo, por Roberto Coll Vinent (págs. 7 y 8).

Significación de la bomba atómica, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 9 y 10).

Dos sonetos espirituales (pág. 11).

Omnes sitientes, venite ad aquas! (pág. 12); **¡Ead! ¡sedientos todos, venid a las aguas!**, por Pablo Termes Ros, Pbro. (pág. 13).

Radiomensaje de Su Santidad el Papa Pío XII a los enfermos (págs. 14 y 15).

Cristo Rey en las Sagradas Escrituras, por P. Termes, Pbro. (págs. 15 a 17).

La santificación por la Oración y la Penitencia, (Intención del Ap. de la Oración), por P. Arnaldo Lanz (pág. 18).

La Paz y el Año Santo, por Arturo M.^a Cayuela, S. J. (págs. 19 a 21).

El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad (IX), por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 22 y 23).

DE ACTUALIDAD: **La Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, de Sevilla. — Advertencias del Episcopado checoslovaco a los sacerdotes de su país**, por J. O. C. (pág. 24).

El problema de Palestina y los derechos de la Cristiandad

IX (*)

CONDICIONES INDISPENSABLES PARA EL ESTABLECIMIENTO DE LA PAZ

Balance de un año turbulento

El día de Viernes Santo de 1949, el Santo Padre dirigió al mundo cristiano una tercera Encíclica sobre la gravísima cuestión de Palestina y los múltiples peligros que acechaban a los Santos Lugares.

No se trataba ya de la guerra cruenta que en los meses anteriores había desolado aquella región. Como el Papa recordaba, las hostilidades estaban «suspendidas como consecuencia de los armisticios firmados recientemente», pero ello no significaba la consecución de la paz, ya que «con la suspensión de las hostilidades se está todavía lejos de haberse establecido efectivamente en Palestina la tranquilidad y el orden».

Se estaban negociando armisticios para establecer una delimitación entre el núcleo judío y los Estados árabes vecinos, con objeto de asegurar la tregua; pero el peligro de nuevas violaciones, después de la experiencia anterior, estaba latente. Pero, además, como observaba el Romano

Pontífice, «todavía nos llegan los lamentos de quienes justamente deploran daños y profanaciones de santuarios y sagradas imágenes, destrucciones de pacíficas habitaciones de comunidades religiosas; nos llegan todavía los lamentos de tantos y tantos prófugos de toda edad y condición, a quienes la reciente guerra ha obligado a vivir en el deslucido o ha esparcido por campos de concentración, exponiéndolos al hambre, a las epidemias, a peligros de todas clases» (21).

Profanación de templos, violación y destrucción de conventos, y un pueblo entero —cerca de ochocientos mil palestinos— expulsado de sus hogares para dar paso a los millares de judíos que tratan de asentarse en la Tierra Santa. ¡Trágico balance de un año de luchas y de profundas maniobras encaminadas a hacer posible la fundación de un Estado judío!

Ante este trágico y espeluznante panorama que ofrece Palestina, aun cuando haya cesado el ruido de las armas, no puede decirse que allí haya hallado cobijo la auténtica paz. Por eso, el Papa, después de pedir justicia para todos los desterrados de la Tierra Santa, continuaba diciendo: «Lo que más ardientemente desea nuestro corazón y el de todos los católicos, especialmente en estos santos días, es que vuelva finalmente a brillar la paz sobre aquella tierra donde vivió y derramó su sangre Aquel que por los profetas fué anunciado como «Príncipe de la Paz» (Isaías, 6, 9) y por el apóstol San Pablo proclamado «Paz nuestra» (Eph., 2, 14). Nos hemos invocado repetidamente esta paz verdadera y duradera; y para acelerar su venida y consolidarla hemos declarado ya en nuestra encíclica «In multiplicibus» ser cosa muy oportuna que para Jerusalén y sus alrededores, donde se encuentran los venerables monumentos de la vida y muerte del divino Redentor, se establezca un régimen internacional, que, en las circunstancias actuales, parece la cosa más conveniente para la tutela de aquellos monumentos sagrados.

La consecución de la paz —verdadera y duradera— supone, por tanto, establecer para Jerusalén y sus alrededores un estatuto internacional que haga posible que la Ciudad Santa y la región que la circunda no cargan en manos de pueblos o instituciones que puedan desvirtuar o profanar el carácter sagrado de las mismas y menospreciar los derechos del mundo cristiano. La internacionalización de Jerusalén constituye, por consiguiente, uno de los fundamentos esenciales para que la paz vuelva a Palestina. Sin ella, no es concebible una pacificación completa digna de este nombre.

Premisas para una paz verdadera

Por tales razones, el Papa precisaba de nuevo las condiciones indispensables que presuponia la solución satisfactoria del problema de Palestina.

Las definía y glosaba en la siguiente forma:



Proyecto de reparto acordado por la Asamblea de las Naciones Unidas el 29 de noviembre de 1947

Los territorios asignados a los árabes van señalados en negro y los asignados a los judíos en blanco

(*) Véase CRISTIANDAD, núms. 127, 128-129, 132, 133, 134-135, 136, 137 y 138, págs. 310-311, 334-335, 298-309, 422-423, 451-452, 474-475, 496-497 y 524-525, respectivamente.

(2) Pío XII. Euc. *Redemptoris nostri*, 15 de abril de 1949. Véase el texto íntegro en CRISTIANDAD, núm. 124, págs. 232-233.

INTERNACIONALIZACIÓN DE JERUSALÉN

«Ahora no podemos menos de renovar aquella declaración nuestra, que quiere ser al mismo tiempo una invitación a los fieles de todas las partes del mundo para que procuren, con todos los medios legales, que sus gobernantes y todos aquellos de quienes depende la decisión de tan importante problema tomen la decisión de dar a la Ciudad Santa y a sus alrededores una situación jurídica cuya estabilidad en las circunstancias presentes solamente puede estar asegurada y garantizada por un acuerdo común de las naciones amantes de la paz, respetuosas con los derechos de los demás.

PROTECCIÓN DE LOS SANTOS LUGARES

»Pero es también necesario proveer a la tutela de todos los Santos Lugares, que están no sólo en Jerusalén y en sus alrededores, sino también en otras ciudades y pueblos de Palestina. Y puesto que no pocos de ellos, como consecuencia de la reciente guerra, han estado expuestos a graves peligros y han sufrido daños notables, es menester que estos Lugares, depositarios de tan grandes y venerables memorias, fuente y alimento de la piedad para todo cristiano, queden convenientemente protegidos por un estatuto jurídico garantizado por alguna especie de acuerdo o de compromiso internacional.

GARANTÍAS A LOS PEREGRINOS

»Nos sabemos cuánto desean nuestros hijos volver a emprender las tradicionales peregrinaciones a aquellas tierras que unos trastornos casi universales hace tiempo que tienen suspendidas. El deseo de nuestros hijos se hace ahora más ardiente al acercarse el Año Santo, porque es natural que en este tiempo los cristianos suspiren por visitar aquellas regiones que contemplaron los misterios de la divina Redención. ¡Quiera el cielo que este ardentísimo deseo sea pronto satisfecho! Pero para que esto se verifique es menester que se adopten aquellas medidas que han de hacer posible a los peregrinos el libre acceso a los diversos santuarios; el llevar a cabo, sin ningún obstáculo, sus públicas manifestaciones de piedad y conmemorar allí sin peligros y sin preocupaciones. No querríamos que los peregrinos experimentasen el dolor de ver aquellas tierras profanadas por sitios de diversión profanos y pecaminosos, cosa que sería una injuria al divino Redentor y una ofensa al sentimiento cristiano.

LIBRE DESENVOLVIMIENTO DE LAS INSTITUCIONES RELIGIOSAS

»También las muchas instituciones católicas, que tanto abundan en Palestina, de beneficencia, de enseñanza y hospitalidad de peregrinos deberán poder seguir desarrollando sin restricciones, como tienen derecho, aquellas actividades suyas, con las que en el pasado se han ganado tantos méritos.

DEFENSA DE LOS DERECHOS IMPRESCRIPTIBLES DEL MUNDO CATÓLICO

»No podemos, finalmente, dejar de hacer presente la necesidad de que se garanticen todos aquellos derechos sobre los Santos Lugares que los católicos han adquirido hace muchos siglos, que siempre han defendido con decisión y que nuestros predecesores han afirmado solemne y eficazmente.»

Que los fieles tomen con mayor interés los problemas de Palestina...

Hasta aquí los puntos concretos expuestos por el Romano Pontífice y cuyo cumplimiento, a la par que dar satisfacción y garantía precisa a los preferentes e impres-

criptibles derechos de la Cristiandad, habría de hacer posible que en la Tierra Santa reinara aquel espíritu de paz y concordia, íntimamente enraizado con la justicia, el orden y la tranquilidad.

Pero, ¿cómo conseguir tales objetivos?

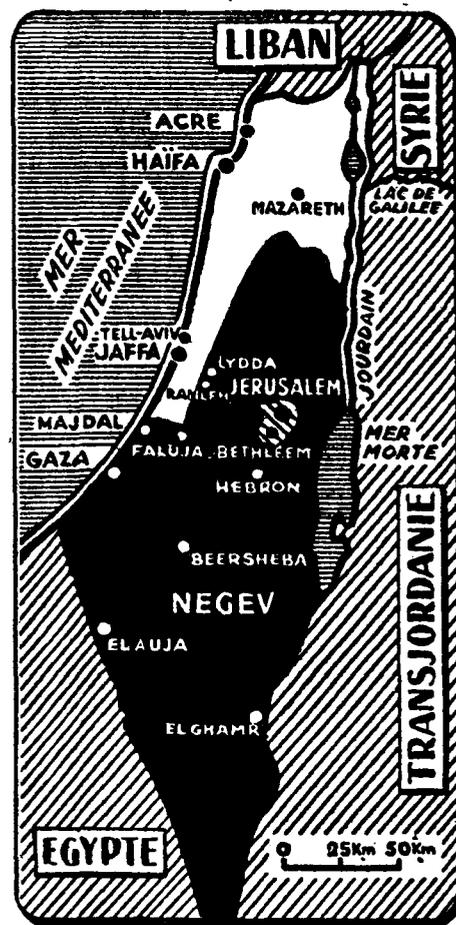
Pedía el Papa —lo hemos visto anteriormente— que los fieles instaran «con todos los medios legales» a sus respectivos gobernantes y a todos aquellos dirigentes en cuyas manos se encuentra la resolución de las arduas cuestiones planteadas en Palestina, la adopción de las medidas y disposiciones oportunas para asegurar y proteger los intereses del pueblo cristiano. Nuevamente, al finalizar la Encíclica, insiste Su Santidad en esas recomendaciones, diciendo: «Exhortamos a los fieles a que cada vez tomen con mayor interés la suerte de Palestina y hagan presente a las autoridades competentes sus deseos y sus derechos.»

Sin embargo, ¿puede ser ello suficiente?

No lo cree así el Papa, antes bien, siguiendo las mismas exhortaciones de sus anteriores encíclicas, recomendaba «especialmente» que se pidiese «con oraciones incessantes, la ayuda de Aquel que guía a los hombres y a las naciones».

Para terminar con esta sublime invocación: «¡Que Dios mire benigno al mundo entero, pero especialmente aquella tierra empapada con la sangre del divino Redentor, para que por encima de los odios y de los rencores triunfe la caridad de Cristo, la única que puede traer la tranquilidad y la paz!»

José-Oriol Cuffí Canadell



Proyecto de reparto elaborado por el Conde Bernadotte

Los territorios asignados a los árabes van señalados en negro y los asignados a los judíos en blanco

DE ACTUALIDAD

La Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, de Sevilla.—Advertencias del Episcopado checoslovaco a los sacerdotes de su país

La Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús de Sevilla

Su Emcia. Rvdma. el Cardenal Pedro Segura y Sáenz, Arzobispo de Sevilla, bendijo el domingo día 27 de noviembre el nuevo altar de la Cofradía del Corazón de Jesús, erigido en la iglesia parroquial de la Inmaculada Concepción de aquella ciudad. Dicha Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús es la primera, y hasta ahora la única en la Archidiócesis, que está canónicamente instituida como tal.

Su Eminencia procedió a la bendición del nuevo altar, celebrándose a continuación la misa de asistencia pontifical con homilía del Prelado, quien glosó las palabras del Evangelio de la dominica: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán», diciendo que las enseñanzas del divino Corazón, que para todos los hombres son luz, camino, verdad y vida, habían de ser el faro esplendente que a todos iluminara las sendas seguras de la santificación y salvación de las almas.

La Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús vió aprobadas provisionalmente sus reglas el 26 de julio de 1940. Además de una nutridísima sección de señoras y jóvenes, reúne en su seno doscientos veinte hermanos, y realiza una magnífica labor de apostolado en el barrio sevillano de Nervión.

Advertencias del Episcopado checoslovaco a los sacerdotes de su país

El Episcopado checoslovaco ha dirigido al clero de su país una pastoral colectiva relativa a las últimas disposiciones estatales, con las que, si se aplican estrictamente, «se minará la misma organización de la Iglesia, su libertad, su poder espiritual, y la Iglesia fundada por Pedro vendrá a ser una asociación religiosa cualquiera, prácticamente dirigida por seglares y por algunos sacerdotes miedosos que se han separado voluntariamente de ella».

Los prelados señalan, a este respecto, importantes directrices para la defensa de los derechos de Dios. Para conocimiento de nuestros lectores reproduciremos sus puntos esenciales:

1.º No se puede concurrir a cargos sacados a concurso únicamente en el *Boletín del Clero Católico*, que justamente hemos reprobado.

2.º No se puede tomar posesión de ningún cargo eclesiástico sin la previa misión canónica. El que, aunque sólo provisionalmente, aceptase sin consentimiento de su ordinario cualquier cargo espiritual sería *ipso iure inhabilis* y, además, incurriría en la suspensión.

3.º Las vacaciones deben solicitarse, como antes, del ordinario, y se debe buscar un substituto.

4.º Con la ordenación y con la misión canónica estáis autorizados a ejercer vuestras funciones espirituales. El que quisiera impedirlo obraría contra la ley de Dios. Es

preciso obedecer primero a Dios que a los hombres. La predicación forma parte del sagrado ministerio. Ningún poder civil tiene derecho a imponer lo que se debe predicar. De igual manera, sólo la autoridad espiritual puede determinar lo que se debe enseñar.

5.º Habéis aceptado el estipendio aumentado para evitar un mal mayor. Pero estad dispuestos a privaros de él inmediatamente si se os pidiesen los servicios de Judas. ¡No seáis traidores!

6.º Puesto que como cristianos y mucho más como sacerdotes, podéis prometer y cumplir sólo aquello que no repugna a las leyes de Dios y de la Iglesia y a los derechos naturales del hombre, hay que añadir al juramento prescrito por la ley, de viva voz o por escrito: «Con tal que esto no sea contrario a las leyes divinas y eclesiásticas y a los derechos naturales del hombre.»

9.º No es preciso mencionar a la Acción Católica cismática, que ha sido condenada por la suprema autoridad eclesiástica y por el juicio de la nación entera.

10.º Según noticias de los periódicos, desde el 1.º de enero será obligatorio el matrimonio civil. Esto os impondrá un deber muy grave de instruir a los fieles acerca de la obligación de contraer el matrimonio religioso.

11.º Preparaos para el Año Santo de 1950. Preparad triduos, retiros espirituales, procesiones de penitencia. Este año debe ser para todos un año de santificación por medio de la oración y de la penitencia. Reforzando vuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, empleándoos en convertir a los extraviados; realizando la justicia social con la ayuda a los míseros y a los que sufren, con el trabajo por la paz y por la defensa de los Santos Lugares.

Los obispos continúan su pastoral advirtiéndolo:

«No os dejéis desviar del camino emprendido y permaneced fieles a la santa Iglesia, al Padre Santo y a nosotros, que queremos en todas las circunstancias, aun a costa de los más graves sacrificios, seguir siendo amorosos padres espirituales. Sabed que no hemos provocado la lucha, porque la Iglesia existía ya en el país desde hace mil años. Nos defenderemos con el derecho de quien es atacado. Si nos toca sufrir por estas directrices y por la defensa de la fe, sabed también que en los sufrimientos seguiremos unidos con vosotros. Permaneced con vuestro pueblo, cuya salvación sois, y con nosotros, responsables ante Dios.»

Y terminan con estas palabras: «Permaneced fieles. Tenemos confianza en vosotros. Proceded de acuerdo y según estas directrices; conservad la unidad entre vuestro Obispo y entre vosotros. En las incertidumbres y en las dudas, aconsejaos con vuestros hermanos y exhortaos mutuamente. Os pedimos que permanezcáis unidos a vuestro pueblo con las palabras del santo Apóstol: «Si sufrimos por Cristo, seremos glorificados con El.» Os bendecimos en la oración, en vuestros cuidados y en vuestros sufrimientos, unidos siempre con el Padre Santo, con vosotros y con el pueblo creyente.»

J. O. C.

*L*a Parroquia, con sus dependencias
Sociales, es el centro de la vida
católica.

V. H.

Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en GIRONELLA

Salvador Fusté Teixidor

Despacho: Plaza Universidad, 8, Pral. - Teléfono 12630
BARCELONA

HILADOS y TORCIDOS de ALGODON

José M.^a Suris

Sociedad en Comandita

Diputación, 294 - Teléf. 16950
BARCELONA

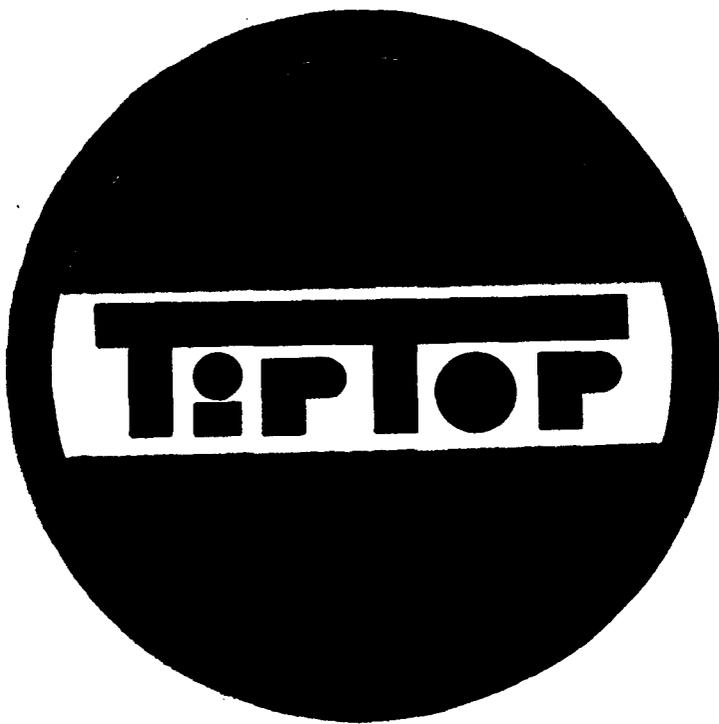
Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

S. J. B.

BARCELONA



Auto Crema Sintética (auto-cream-creación americana)

Sin esfuerzo alguno y en pocos minutos
TIPTOP LIMPIA, PULE Y CRISTALIZA
la carrocería de su coche dejándola con un
BRILLO CRISTAL MARAVILLOSO

CONCESIONARIO PARA ESPAÑA: **MONT**
Avda. Generalísimo, 463 - Tel. 77180
B A R C E L O N A



*Visite las Cuevas
de Artá*

Sobre el libro **CATOLICISMO o BARBARIE**, de José-Oriol Cuffí Canadell, leemos en la Revista de Ciencias Eclesiásticas «*La Ilustración del Clero*», el siguiente comentario:

Con afluencia de datos y agilidad de estilo desarrolla el autor tan vasto y sugestivo temario, dándonos la impresión de que se mueve en un terreno perfectamente conocido y explorado. Sorprende, en especial, su dominio de las modernas Encíclicas y textos pontificios.

A diferencia de otros libros — hoy abundantes — en que se nos da una visión, a ras de tierra, de los problemas internacionales postbélicos, «*Catolicismo o Barbarie*» los enfoca y resuelve en toda su hondura espiritual y religiosa.

Sinceramente recomendamos la lectura de este libro a cuantos quieran enjuiciar con criterio católico los acontecimientos católicos de nuestros días.

LA ILUSTRACIÓN DEL CLERO

Diciembre, 1949

CATOLICISMO o BARBARIE

PRECIO. 35 Ptas.

Pídalo en la Administración de **CRISTIANDAD**
o en las principales Librerías

Textil Isabela, S. A.

Barcelona

EL TIBIDABO

Organo bimensual del

TEMPLO NACIONAL EXPIATORIO
en la cumbre del Tibidabo

EPOCA II

Suscripción anual

Suscripción ordinaria 12'— ptas.
> de colaborador 30'— >
> de bienhechor 100'— >

Redacción y Administración: Paseo Dom Bosco, 74
B A R C E L O N A (8)